ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

# FABIÁN
Ó
# EL DOCTOR NEGRO

MELODRAMA FRANCÉS, EN SIETE ACTOS Y EN PROSA,

de los señores

BOURGEOIS Y DUMANOIR,

reformado y escrito en castellano por

DON LUIS VALDÉS

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO.
1889

# FABIÁN

ó

# EL DOCTOR NEGRO

# OBRAS DRAMÁTICAS

TRADUCIDAS, ARREGLOS Y REFUNDICIONES POR
Don Luis Valdés.

DEMI-MONDE, comedia en 5 actos.
EL AMIGO FRITZ, id. 3 id.
AMALIO CRINOLINA, id. 1 id.
QUINCE DIAS EN ITALIA, id. 3 id.
LA DONACION DEL COLONO, (*mademoiselle de la Seigliere*) id. 3 id.
HUYENDO DE LA POLICIA, id. 1 id.
LA DAMA DE LAS CAMELIAS, id. 5 id.
EL DIPUTADO POR BOMBIGNAC, id. 3 id.
MENTIR CON PROVECHO, id. 1 id.
EN CINCO MINUTOS. (*En colaboración con A. Gallardo.*) id. 1 id.
EL DOCTOR VENTURA, id. 1 id.
LOS BURGUESES DE PONTARCY, id. 5 id.
LOS ESTACIONARIOS, id. 4 id.
LAS BODAS DE FIGARO, id. 5 id.
FABIAN O EL DOCTOR NEGRO, melodrama en 7 actos.

# FABIÁN

Ó

# EL DOCTOR NEGRO

MELODRAMA FRANCÉS, EN SIETE ACTOS Y EN PROSA,

de los señores

BOURGEOIS Y DUMANOIR,

reformado y escrito en castellano por

DON LUIS VALDÉS

Estrenado en el Teatro de NOVEDADES
el 6 de Diciembre de 1889.



MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, núm. 1
1889

AL DOCTOR EN MEDICINA Y ELEGANTE ESCRITOR

D. JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

*Dedica este trabajo, como insignificante muestra del cariño que le profesa su entrañable amigo*

Luis Valdés.

# ADVERTENCIA

Si esta obra mereció unánime aplauso, lo debe á la perfecta interpretación de los protagonistas, desempeñados por Don José Mata, Doña Dolores Estrada y D. Juan Mela, y á que de igual modo representaron sus papeles cuantos figuran en el reparto; y tengo la satisfacción inmensa de hacer público mi agradecimiento á los actores y dependencias del teatro que han contribuido con sus buenos oficios al mejor éxito alcanzado por esta obra, y especialmente á la primera actriz Doña Clotilde Lombía, que se prestó á representar al personaje de *La Marquesa*; á las actrices Doña Victoria Díez, Doña Olvido Muñoz y Doña Matilde Bueno, las cuales no titubearon en salir de acompañamiento; á Don Nicolás Catalán, antiguo y bien reputado primer actor cómico, quien voluntariamente y para dar realce á las escenas en que intervienen comparsas, se convirtió en uno de tantos; al pintor escenógrafo Don Francisco Candelbac, que á no gozar justa fama, la hubiera logrado con las decoraciones pintadas para Fabián ó El Doctor Negro; al Ingeniero electricista Don Ramón Cases, por su desinterés y acierto; á mis queridos amigos Don Pantaleón Moreno Gil y Don Diego Luque, por sus leales y atinados consejos, y también merece La Empresa que haga constar en este sitio lo gustosa que se mostró en facilitar cuanto estuvo á su alcance, para que la obra se presentase con propiedad y lucimiento.

LUIS VALDÉS.

## REPARTO

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| **La Marquesa de la Reiner.** | Doña | Clotilde Lombía. |
| **Paulina** (su hija)............ | " | Dolores Estrada. |
| **Aurelia**...................... | " | Carmen García. |
| **Lia** (cuarterona)............ | " | María Mantilla. |
| **Fabián**...................... | Don | José Mata. |
| **El Conde**.................... | " | Juan Mela. |
| **Barbantano**................ | " | Manuel Díaz. |
| **Andrés**...................... | " | Felipe Vaz. |
| **Briquet**..................... | " | Ramón Bello. |
| **Cristián**.................... | " | Serafín G. Marín. |
| **Roger**....................... | " | Valentín Escosura. |
| **Un Notario**................. | " | Julio Verdier. |
| **Un Mayordomo**.............. | " | Nicolás Catalán. |
| **Juan**......................... | " | Luis Mazoli. |
| **Un Guardia francés**....... / **Un hombre del pueblo**..... | " | Francisco Mejía. |
| **Domingo**.................... / **Un Celador**................. / **Pedro**....................... | " | Hilario Fernández. |
| **Un Calabocero**............. | " | Manuel Mañas. |
| **Un lacayo**.................. | " | Rafael Pérez Veuto. |
| **Un criado**.................. | " | Arturo Martinflor. |

Oficiales de Marina, negros, negras, marineros, mulatos y mulatas, acompañamiento de nobles de ambos sexos, criados, Guardias franceses y gentes de pueblo, aldeanos bretones, etcétera, etcétera.

---

La época en fines del siglo XVIII, desde 1789 á 1793.

El primero, segundo, tercero y cuarto acto pasan en la isla de Borbón; el quinto y sexto en París, y el séptimo en Bretaña.

NOTA.

*Le Docteur Noir*, se representó por primera vez en el *Teatro de la Porte Saint-Martín*, de París, el 30 de Julio de 1846.

---




# ACTO PRIMERO

Gran sala con tres arcos en el foro, que dan á un terrado desde el cual se descubre el jardin. Puertas laterales á derecha e izquierda del primer término. En el segundo, á la izquierda, un balcón. Muebles de bambú: cerca de la puerta del primer término derecha, un termómetro pequeño y antiguo. Algunas plantas tropicales.

## ESCENA PRIMERA

AURELIA.—EL CONDE.—CRIADOS y NEGROS.

AUR. (A los criados y negros que estarán agrupados en el foro.) Ejecutad pronto y con acierto lo que os he mandado, para que vuestra ama quede contenta de vosotros y de mí, que estoy encargada, por ella, de disponer la fiesta. ¡Andad con Dios! (Vanse. A su hermano.) ¡Hermanito, tienes un modo de ayudarme, que da gusto! ¿Vas á pasarte la vida tendido á la bartola?

CONDE. (Que está reclinado con dejadez sobre un canapé.) ¿Cómo quieres que la pase? Tengo calor y me abanico.

AUR. ¡Bonita y digna ocupación para un teniente de fragata de la marina real francesa!

CONDE. Pues mira, es la única tarea que soy capaz de emprender, y bastante trabajo tengo con los seis meses que llevo de respirar, ó más bien de no respirar en este país del trópico... de la zona tó-

rrida... del infierno... en este horno que se llama la isla de Borbón, á donde Su Majestad tuvo por conveniente desterrarme, y que debería llamarse la isla de San Lorenzo. Aun cuando creo que calor igual no lo sintió el santo en las parrillas. ¡Ay, hermana, moriré asado! Debe hacer por lo menos 150º en esta chicharra.

AUR. (Riéndose.) Pues el termómetro de nuestro sabio compatriota Réaumur, solo señala 40º (Después de mirar el termómetro.)

CONDE. (Que se ha levantado.) Como es pequeño no podrá señalar más.

AUR. (Riéndose.) ¡Ea! Domina tu pereza: ten presente, si quiera por hoy, que celebramos el santo de nuestra prima Paulina, la perla de la colonia... una perla engarzada en diamantes. Piensa en esta régia morada, en sus mil doscientos esclavos, casi tantos en número como el de los acreedores que te dejaste por Francia. (Riéndose.) Acuérdate de que, aun estando arruinado, puedes utilizar las ventajas que te dan en sociedad tu educación, tu título y tus prendas personales... ¡Decídete, hombre!

CONDE. La boda no me disgusta: ni cuando quiera decidirme llegaré tarde, porque afortunadamente no hay en toda la isla rivales á quien temer. Nunca vi hombres tan ridículos... (Viendo llegar á Barbantano.) Mira, en nombrando al ruin de Roma... mira una muestra de los rivales que aquí se usan.

AUR. ¡Barbantano! (Riéndose.)

## ESCENA II.

Barbantano dentro de una silla de manos que conducen cuatro negros que aparecen por el foro. Estos paran en el arco del centro: otros dos negros que venian tras la silla, y trae cada uno un enorme ramo de flores, se colocan á derecha é izquierda de la silla de la cual sale entonces Barbantano.

BARB. (A los negros.) ¡Quietos ahí, presentando los ramos; y cuidado con atreveros á oler la más insignificante de sus flores!

AUR. (Riéndose é imitando el tono imperioso de Barbantano.) ¡Así lo ordena y manda vuestro dueño el señor de Barbantano!

BARB. (Entrando.) ¡Ah, señora condesa! ¡Qué encuentro tan agradable! Adiós, señor Conde. (Aparte.) Mi rival se adelantó. (A Aurelia.) ¿Y el señor gobernador?

AUR. Mi marido tiene grandes ocupaciones y se ha quedado en el palacio; pero no falta gente distinguida, que ya hace rato pasea por el jardin con la marquesa y con su hija Paulina.

BARB. Que es la diosa de la fiesta, á quien vengo á rendir homenaje. (Señalando los ramos.)

CONDE. Es un homenaje de dimensiones colosales.

BARB Son flores de mi ingenio.

CONDE. (Con extrañeza.) ¿De su ingenio? Ah, vamos, de su ingenio de cañas; porque usted no tiene otro.

BARB. (Con énfasis.) ¡Pero es muy grande! Todas las flores se han cogido hace poco, y así están de frescas y lozanas.

AUR. ¡Como ella! (Con intención.)

BARB. (Con presunción.) ¡Justo! Ustedes ven que no peco de tacaño, cuando he pelado todas las matas para lograr unos ramos tan...

CONDE. (Interrumpiéndole.) Tan voluminosos como usted.

BARB. (Ofendido.) Voluminosos como mi bolsillo, señor Conde. Puede que yo no sea tan elegante como otros que presumen de serlo; pero poseo ochocientos esclavos, y si voy de visita al Palacio del señor Gobernador, al lacayo que me anuncia, á modo de propina, le regalo un negrito.

CONDE. Usa usted una moneda muy oscura.

AUR. (Colocándose entre los dos.) Señor Barbantano, los hombres de talento, como usted, no fundan su orgullo en hablar del dinero qne atesoran: vanaglóriese usted de haber nacido en este hermoso país, que me enloquece.

BARB. ¿De veras?

AUR. Cuando nombraron Gobernador á mi marido, creí morirme, suponiendo que iba á vivir entre hotentotes y caníbales, en una escarpada roca, habitada por salvajes.

BARB. (Con disgusto y ofendido.) ¡Oh!

AUR. Pero, vine, ví, y quedé enamorada. ¡Era todo tan nnevo para mí, y tan distinto de París y Versalles! Quizás no sea mejor esto que aquello; pero... yo gozo cambiando; me encanta variar. (Vá al foro y examina los ramos.)

BARB. (Aparte) Pues no le arriendo la ganancia al señor Gobernador. (Alto.) ¿Y á usted caballero, que le parece mi país?

CONDE. ¡Caliente! ¡Un áscua ardiendo!

BARB. ¿Y por qué ha venido usted?

CONDE. ¡Mil bombas! No he venido, me han traído, que es muy distinto. (Riéndose.) Dicen que cierto señor trató de sorprendernos á su cara esposa y á mí, acompañado de la policía, y añaden que hubo de atravesar mi espada el cuerpo de un comisario, por lo cual Luis XVI, halló motivo bastante para desterrarme, y con destino á esta Isla recibí un pasaporte en calidad de teniente de fragata.

BARB. ¿Es usted marino?

CONDE. No señor: pero en mi familia tenemos el privilegio de nacer almirantes, aun cuando el primer individuo de ella que ha visto el mar soy yo. Ya hubiese pedido el cambio de residencia, si una dulce afección no me tuviera encadenado y cautivo en estos lugares.

BARB. (Aparte.) Claro, Paulina! (Alto ) ¿Piensa usted en el matrimonio? Pues yo también, y tengo el propósito de regalar á ustedes en esta misma casa, con una fiesta, más expléndida que la de hoy.

CONDE. ¿Aquí?

AUR. (Volviendo á escena) ¿Aspira usted á Paulina?

BARB. Sí, señora, porque la adoro, y dejaré á los pretendientes, mis rivales, con un palmo de narices. ¡Yo no temo á nadie!

CONDE. (Burlándose.) ¡Es usted un hombre terrible! (Haciendo que se aparta, temeroso.)

AUR. Amigo Barbantano, ¿no tiene usted en cuenta la diferencia de edades?

BARB. (Con presunción.) ¡Señora, voy acercándome á los cuarenta!

CONDE. ¿Sí? ¡Me deja usted asombrado! Creia que iba usted alejándose de los cincuenta.

BARB. (Con altanería.) ¡Caballero!

AUR. Por Dios, señores, van ustedes á disputar por cosa tan nimia... Silencio, que viene la Marquesa.

## ESCENA III.

DICHOS, la MARQUESA, PAULINA, OFICIALES de la ARMADA, MARINEROS, etc. etc. Algunos marineros vienen por la derecha, se colocan en el foro y en el terrado y ofrecen flores á PAULINA, que llega por la izquierda con la MARQUESA y varios oficiales.

MARQ. (A los oficiales después que entran en la sala.) Caballeros, doy á ustedes gracias, por el recuerdo con que han obsequiado á mi hija.

PAUL. (En el foro y á los Marineros) ¡Gracias, amigos míos! (Entra en la sala la última y por el lado derecho.)

BARB. (Que ha tomado el ramo de mano de un negro y ofreciéndoselo.) Señorita, dígnese usted aceptar...

PAUL. (Sin reparar en el ramo.) ¡Caballero! (Saludando — Barbantano queda en ridículo: no sabe qué hacer con el ramo y se le tira al negro; vanse los negros.)

AUR. (Entre la Marquesa y Paulina.) Parece, Paulina, que estás distraída, más aún, triste, y celebrándose tus dias con tanta pompa, resulta extraño.

MARQ. Dice bien Aurelia.

PAUL. Por lo mismo que se trata de fiestas, no tiene nada de extraño lo que me sucede, al considerar que mientras aquí procuramos divertirnos, á pocas leguas de nosotros, al otro lado de la isla, sufren las gentes terrible azote y mueren á centenares.

MARQ. (Con impaciencia.) ¡Aparta tan lúgubres ideas de tu imaginación!

CONDE. No hay motivo para lamentarse de ese modo. (Bajo á Barbantano.) La muchacha no exajera... mueren muchos.

BARB (Idem al Conde.) ¡Mueren como chinches! (Paulina y Aurelia se sientan á la izquierda.)

MARQ. (Siguiéndolas, pero en pié) Tranquilízate, hija mía.

Adios gracias, la epidemia, esa enfermedad desconocida, que desde hace un mes diezma la colonia... no ha penetrado en estos lugares hasta la hora presente.

BARB. Ni penetrará jamás. (Aparte.) ¡Y si penetra, que no me toque á mí ni á mis 800 negros!

AUR. Nada hay que temer: los partes que recibe mi marido son cada vez más tranquilizadores.

BARB. Cierto... quedan algunos rezagados que se mueren aún... por culpa de los médicos que recetan á ciegas, y no acaban de conocer el mal.

CONDE. ¡Y qué diablos pueden los médicos con una enfermedad, que ataca, postra al enfermo y le mata, sin dejarles tiempo para el remedio!

AUR. Sin embargo, hay un médico que suele curar á cuantos atacados asiste... (Con entusiasmo.) Es un hombre que nació para médico. El genio de la ciencia de curar está encarnado en él, y dicen que tambien estudia con afan, que trabaja sin descanso...

MARQ. (Con desdén.) ¡Ah! Sí; lo sabia; es el mulato Fabián...

PAUL. ¡Fabián!

BARB. Le llaman el Médico negro.

MARQ. (En el centro de la escena.) Fué esclavo de mi esposo, á quien tuvo la fortuna de salvar la vida.

PAUL. (En el canapé.) Muchos años han pasado, y sin embargo no se borra de mi memoria el más pequeño incidente de aquel suceso. Oh, nunca, núnca olvidaré el arrojo y la abnegación con que el pobre Fabián se lanzó á sujetar el caballo desbocado que montaba mi buen padre. Iba éste á perecer despeñado, cuando Fabián, con seguro riesgo de su vida, poniéndose delante del caballo, ya en el borde de una profunda sima, detuvo al animal, á cuyos piés rodó, faltando poco para que el infeliz se hundiera en el abismo. Mi padre le declaró libre enseguida.

MARQ. Yo le ofrecí una bolsa llena de oro.

PAUL. ¡Que él no quiso aceptar, madre mía!... no por orgullo, sino porque es desinteresado y se consideró feliz con estrechar y cubrir de besos la

mano que mi padre le tendía, mano generosa que le hizo adquirir los derechos de hombre libre.

MARQ. De mucho sirve á esa gente la libertad. ¿Saben acaso qué hacer de ella? Como Fabián había nacido para esclavo, necesitaba un nuevo dueño y entró al servicio de cierto médico antiguo del país.

AUR. (Levantándose.) Se equivoca usted, tía; ese hombre no fué buscando dueño, ni amo, sino maestro. Tenía indudablemente vocación por la medicina y aprovechó la oportunidad para estudiarla. Tales cosas me han contado de Fabián, que le admiro y le estimo sin conocerle. (Paulina se levanta y une con Aurelia.)

BARB. ¡Por Dios, señora, tenga usted presente que se trata de un hombre de color!

AUR. Lo sé. (Con jovialidad.) Es mulato. Mejor que mejor; por lo mismo le encuentro más interesante.

MARQ. (Con severidad.) Hablas con sobrada ligereza de asuntos que, entre nosotros, son muy serios. Has nacido en Francia, llevas poco tiempo en Africa, y no te das cuenta ni de nuestras costumbres, ni de nuestros sentimientos. Existe aquí la diferencia de castas, y los blancos miramos con desprecio las razas de color. Así lo establece la ley de la costumbre, que es inflexible, y no admite raciocinios ni discusiones en este punto. ¡El orgullo de raza vive en nosotros y morirá con nosotros! Sabe, por último, sobrina, que no hará cincuenta años, en una ciudad de esta isla, la hija del conde de Soliñi, murió á manos de su padre por haberse enamorado de un esclavo.

AUR. (Aterrorizada.) ¡Qué horror!

MARQ. (Con ironía.) Tú que vienes de Francia... ¿Conociste allí muchas señoritas nobles que se casaran con sus lacayos?

AUR. (Con desprecio.) ¡Por Dios tía!

MARQ. Pues ahí tienes cómo también en el Continente,

existen diferencias entre los blancos. (Vase hacia el foro, con Paulina y Aurelia.)

BARB. Dice bien la Marquesa, y en prueba de ello, Fabián, apesar de esas curas maravillosas, sólo asiste á sus prójimos... á las negros más ó menos subidos de color. ¿Pues no se atrevió el majadero á jurar que era capaz de poner buena á mi prima, que se estaba muriendo? Mi prima no quiso la asistencia de semejante médico; prefirió morirse á consentirlo. ¡Fué un rasgo de energía y de heroísmo! (Al Conde.) Sí, señor Conde, mi prima se murió. ¡Yo apruebo su conducta!

CONDE. ¿Le dejaría á usted por heredero?

BARB. (Yéndose hacia la izquierda.) Sí, señor, de toda su hacienda. ¡Pobrecita!

## ESCENA IV.

DICHOS y LIA.

LIA. (Entra corriendo por el foro izquierda.) ¡Niña Paulina! (Conteniéndose al ver á la Marquesa.) ¡Perdone su excelencia!...

CONDE. Oye, morenita, ¿conoces tú al Médico negro?

LIA. Sí, mi amo.

PAUL. (Con cariño cogiendo á Lia de la mano.) Es hija de mi ama de cría; y somos hermanas de leche.

LIA. Conozco á Fabián. El sólo lleva curados más pobrecitos enfermos, que todos los médicos de la isla juntos. Le queremos mucho, porque es guapo y bueno.

CONDE. (Con viveza.) ¿Estás enamorada de Fabián?

LIA. No, y eso que sabe hablar como su merced; vamos, que se explica como los señores; pero no me gustan los mulatos. ¡Si fuese blanco!

CONDE. (Riéndose á carcajadas.) ¡Anda! ¡Anda!

BARB. (Idem, id.) ¡Hasta los gatos quieren zapatos!

MARQ. (Incomodada y cortando la conversación.) ¿Para qué has entrado aquí?

LIA. Para decir á niña Paulina, que la música de marineros ha llegado y espera la orden de ella para tocar.

BARB. Pide permiso porque así se lo previne al músico mayor cuando contraté con él el precio de este obsequio que yo hago á usted, señorita. (Con presunción.)

PAUL. Gracias. (A Lia.) Diles que empiecen. (Se asoma Lia al balcón, flamea un pañuelo y á poco suena la música. Todos se acercan hacia el foro para oír la música y Aurelia detiene á la Marquesa, con la cual se queda en el proscenio. Barbantano escuchando cerca de ellas.)

AUR. ¡Tía!

MARQ. ¿Qué quieres?

AUR. Me ha dicho usted tales cosas, que estoy asustada, y temo haber hecho un disparate.

MARQ. ¡Explícate!

AUR. Usted ya conoce mi caracter, algo dado á la novelaría.

MARQ. ¿Bueno y qué?

AUR. Que entusiasmada con la fama de ese Médico negro, ardía en deseos de conocerle; no estoy enferma; necesitaba un pretexto para llamarle, y como me encargó usted de hacer las invitaciones he mandado una papeleta de convite á Fabián.

MARQ. ¡Qué escucho!

BARB. (Acercándose) ¡Qué locura!

MARQ. ¡Dios mío! ¡Convidar á un mulato, que ha sido esclavo nuestro! (A Barbantano.) Tranquilícese usted, amigo mio: yo no consentiré escándalo semejante... Aunque estoy segura de que Fabián no se atreverá á venir.

AUR. (Que está cerca del balcón, lanza un grito y la música cesa de repente.) ¡Ah!

PAUL. (Muy angustiada.) ¿No han visto ustedes á ese pobre músico, palidecer de repente, perder el equilibrio y caer al suelo como herido por un rayo? ¿Qué le habrá dado al infeliz?

CONDE. Algun vaido, á causa del calor.

BARB. (Que está muy inquieto.) Seguramente... ¡Seguramente! La epidemia no iba á escojer este momento para trastornar una fiesta tan agradable. (Aparte.) ¿Y si fuese eso señora? ¡No me llega la camisa al cuerpo!

LAC. Señora Marquesa, el capitán de la fragata que acaba de llegar de Francia, dice que trae un asunto importante que comunicar á V. E.

MARQ. ¿Dónde está ese caballero?

LAC. Le hice entrar en el despacho del difunto señor Marqués. (Vase.)

CONDE. (Acompañando á la Marquesa hasta la puerta.) Despida usted pronto al importuno, querida tía. (Después que ésta se va, dice á los oficiales que estarán á la derecha.) Caballeros, pronto irán llegando las preciosas criollas que están convidadas, y debemos ser corteses. Vamos á ofrecerles nuestros brazos.

BARB. Muy bien pensado. Yo daré el ejemplo. (El Conde cambia un signo de inteligencia con su hermana y vase con los hombres.)

## ESCENA V.

PAULINA, y AURELIA

AUR. (Tomando de la mano á Paulina, la dice con tono cariñoso.) Prima del alma: ningun dia tan apropósito como el de hoy, que todo es fiesta y regocijo, para cumplimentar un encargo del cual quisiera salir airosa. Me han nombrado embajador acerca de tí.

PAUL. (Con extrañeza y jovialidad.) ¿Sí? Pues hable la diplomática.

AUR. Empiezo. ¿Amas á algun hombre?

PAUL. Pocos preámbulos usas para ser embajadora. No amo á ningun hombre.

AUR. ¿Estás segura de que no existe alguno, cuya presencia te conmueva y agrade y cuya ausencia te deje pensativa y triste?

PAUL. Segurísima.

AUR. Lo celebro con todo mi corazón; pues no causaré perjuicio de tercero si te propongo para marido á un joven de ilustre cuna, con buena figura, valiente; en una palabra, á un perfecto caballero, que solo carece de... de eso que constituye el único mérito de tu pretendiente Barbantano.

PAUL. Yo seguiré en tan delicado asunto el consejo de mi madre.

AUR. Nada más natural; pero tú eres quien debe elegir esposo

PAUL. No, Aurelia, no; mi madre dispone de mi voluntad, de mi porvenir, de mi corazón... todo, todo le pertenece. Veo que te asombras al escucharme... Pues yo encuentro este modo de pensar el más natural y recto. Es mi madre: á ella debo la vida, tiernos cuidados, cariño entrañable y la educación que he recibido. Correspondería indignamente no siendo hija sumisa y respetuosa. Así me he criado, y por nada del mundo contrariaría las opiniones de mi madre, á quien venero ciegamente.

## ESCENA VI.

DICHOS y la MARQUESA.

MARQ. (Entrando por la izquierda con una carta abierta en la mano.) ¡Paulina! (Algo agitada.) Mañana dejaremos la Isla.

PAUL. ¿Cómo?

AUR. ¿A dónde van ustedes?

MARQ. A Francia.

PAUL. ¿Qué pasa?

MARQ. En esta carta me anuncian nuestros parientes de allí, que la honra de tu padre anda escarnecida de boca en boca por la corte.

PAUL. ¿Quién se atreve á profanar la memoria de mi padre?

MARQ. Hace algunos años que varios traidores intentaron declararse independientes con la Isla, para vendérsela después á los ingleses. Uno de los traidores entró en Francia y se presentó á tu tío con el propósito de estafarle una fuerte suma, manifestándole que, de no obtenerla, entregaría á los tribunales documentos que acreditaban ser tu padre el iniciador de aquella indigna conspiración. Tu tío puso en manos de la policía al canalla que, una vez en la cárcel, presentó un tratado, hecho por los conspirado-

res con Inglaterra, en el cual aparece la firma de tu padre perfectamente imitada.

PAUL. ¡Dios mío!

AUR. ¡Es una infamia!

MARQ. Fácil me será confundir tan vil calumnia, presentándome al rey con pruebas suficientes que demuestren la falsedad y dejen incólume la buena fama de que siempre gozó mi difunto esposo.

PAUL. ¡Sí, madre mía, iremos á Francia!

## ESCENA VII.

DICHOS.—BARBANTANO y LIA.

BARB. (Entrando por el foro con indignación cómica.) ¡Acabo de ver á Fabián montado á caballo, y parece que se dirige hacia aquí!

MARQ. ¡Se atreve!... ¿Ves Aurelia á lo que pueden conducir tus locuras?

AUR. Yo me encargo de deshacer lo hecho.

MARQ. Sí, le dirás que se vaya con muchos rodeos y cumplimiento. Tu no sirves para el caso y te rebajarías dando satisfacciones. (Con entereza.) Señor Barbantano, usted que conoce perfectamente nuestras costumbres, me hará la merced de entenderse con ese desgraciado si llega á entrar en los salones. (Lia aparece en el foro y escucha asustada.)

PAUL. ¡Por Dios, madre! (Esta la mira severamente.)

MARQ. (A Barbantano.) Nosotros nos retiramos. ¡Si Fabián olvida que ha sido esclavo, recuérdeselo usted! (Vase llevándose con ademanes á Paulina y Aurelia.)

PAUL. (Aparte.) ¡Infeliz Fabián!

MARQ. (Volviéndose hacia su hija.) ¡Paulina!

BARB. ¡Vaya usted sin cuidado, que cumpliré como un caballero!

## ESCENA VIII.

LIA.—BARBANTANO, después FABIÁN.

BARB. (Viendo á Lia en el foro.) ¿Sabes si ha entrado en la casa Fabián?

LIA. En el jardín está.

BARB. ¡Pues dile que me espere! (Con tono cómico de valentón y yéndose por el lado contrario que se fueron las señoras. Fabián entra por el foro izquierda, trae la papeleta de convite en la mano, que lee y vuelve á leer hasta que ve á Lia y se dirije á ella presentándosela.)

FAB. (Con dulzura.) Dí, hija mía. .

LIA. (Turbada.) Señor Fabián...

FAB. ¿No te parece que esta papeleta de convite debe estar equivocada?

LIA. (Turbada ) No sé...

FAB. Yo no acabo de explicarme cómo la noble Marquesa de la Renier, se digna convidar á Fabián el mulato, hijo de esclavos y esclavo que fué de esta casa. Estoy seguro de que hay error; pero como no quisiera faltar si tanta honra...

LIA. (Despues de una pausa.) Pues mire su merced, señor Fabián, ya que lo adivinó...

FAB. (Con dulzura y pena reconcentrada.) ¡No me asombra haber acertado; pero me aflije!

LIA. ¡Váyase, señor... (Con ademán suplicante.) Váyase por Dios!

FAB. (Observándola con desconfianza ) ¿Por qué, Lía, pides de ese modo que me aleje?

LIA. (Después de hacer un esfuerzo.) Por... (Viendo que alguien se acerca.) ¡Dios mio, ya vienen! ¡Fabián váyase... si quiere evitar que le echen!

FAB. ¡Echarme!... (En este final aparecen Paulina y Aurelia por la derecha.)

## ESCENA IX.

DICHOS.—PAULINA y AURELIA.

PAUL. (Desde lejos y con viveza.) ¡No, Fabián, no! Lía se equivoca... Nadie ha mandado eso... ¡Nadie! ¿Lo oye usted? (Mas calmada y en tono de súplica.) Y si usted no desea permanecer en esta fiesta, á que ha sido convidado, bastará para explicar su ausencia que le haya hecho salir la necesidad de socorrer á un enfermo. Cerca de esta hacienda

se encuentra, creo que muy grave, un desdichado marinero que hace poco retiraron de nuestro jardín. Préstele usted los cuidados de su ciencia... y... (Marcando la frase.) conste que su calidad de Médico es la que impide á usted disfrutar de nuestra invitación. (Bajando los ojos.) Conste que nadie le echa.

AUR. (Bajo.) ¡Muy bien, prima!

FAB. (Conmovido.) ¡Gracias, señorita, gracias!

AUR. (Mirándole á hurtadillas.) ¡Digo, que es un hombre muy simpático!

(Fabian saluda y se aleja lentamente con la mirada fija en Paulina, y cuando va á trasponer la puerta se encuentra frente á frente de Barbantano, que viene por el foro con una fusta en la mano.)

## ESCENA X.

DICHOS y BARBANTANO.

BARB. (Aparte.) ¡Aquí está mi hombre! (Hace indicación a Fabian de que avance hacia la escena y los dos van hacia el centro.)

FAB. (Con dulzura ) ¿En qué puedo servir al caballero?

BARB. (Algo desconcertado.) Yo... no... es decir... eso es. . me han encargado de... (Aparte.) ¡La cosa es muy difícil de pronunciar! (Alto ) Pues bien, me han encargado de...

FAB. (Después de haber lanzado á Paulina una mirada que la tranquiliza ) Comprendo; le han encargado á usted de confirmar en nombre de la señora Marquesa el convite con que dicha señora se dignó favorecerme. Pues haga usted presente á la señora Marquesa mi profundo agradecimiento.

BARB. ¿Cómo? (Aparte.) ¿Qué diablos dice este majadero? (Alto.) Pero si... no...

FAB. Perdone usted que ni le escuche más tiempo, ni me quede. (Mirando á Paulina y con cierto orgullo.) Me han llamado para asistir á un pobre marinero enfermo, pues como usted sabe soy Médico, Médico de los pobres y de los esclavos; hago falta á los pacientes y me voy. Adios caballero. (A

Paulina conmovido.) Adiós, señorita... (En tono más bajo.) ¡Repito á usted las gracias! (Vase.)

## ESCENA XI.

BARBANTANO.—PAULINA.—AURELIA; luego el CONDE, la MARQUESA y los CONVIDADOS.

AUR. (Aparte.) Pues ya no solo me parece simpático; creo que ese color de bronce realza su figura. ¡Sería una lástima que fuese blanco!

BARB. (Confundido.) ¡Ese hombre ha tomado el rábano por las hojas!

AUR. ¡Por fin conocí al celebrado Doctor, y me alegro!

PAUL. (Para sí.) ¡Qué dicha haber podido evitar el sonrojo de Fabián!

MARQ. (Entrando por la derecha.) ¿Qué hay, señor Barbantano?

BARB. (Ufano.) He cumplido como yo sé cumplir. Esté usted tranquila. (Entran oficiales de la Armada con el Conde. Este representando á Paulina y Aurelia. Varios negros, negras, mulatos y mulatas traen refrescos, que sirven.)

CONDE. ¿Baila usted, amigo Barbantano? (Con jovialidad.)

BARB. (Con fatuidad.) Si señor, bailé mucho en otros tiempos.

CONDE. ¡Ah! Pues yo bailo mucho en estos. Y aprovecharé la ventaja que tengo sobre usted. (Se dispone á invitar á Paulina para el baile.)

AUR. (A Paulina mientras llega el Conde. Están sentadas.) ¿Estás mala?

PAUL. No... pero experimento una cosa tan especial... á veces se me oscurece la vista...

AUR. Te has puesto pálida. (Varios oficiales se disponen también á bailar con las parejas que han escojido.)

CONDE. (A Paulina.) ¿Primita, quieres honrarme bailando conmigo?

PAUL. (Levantándose.) Con mucho gusto...

AUR. No consentiré que bailes hasta que te sientas mejor.

PAUL. (Con viveza.) ¡Cállate! ¿Vas á poner en cuidado á

mi madre? (Intenta andar para seguir al Conde; pierde el equilibrio y lanza un grito.) ¡Ah!

CONDE. ¡Cielos!

MARQ. ¡Mi hija!

TODOS. (Rodean á Paulina.) ¿Qué la sucede?

PAUL. ¡Siento un ardor... aquí... y... me abraso... me muero! (Pierde la palabra y las fuerzas; cae en brazos del Conde, que la coloca sobre el canapé de la izquierda. Lía, que estaba presente, sale corriendo por el foro cuando acaba de hablar Paulina.)

BARB. (Aterrorizado.) ¡Así ataca la epidemia!

CONVID. (Id.) ¡La epidemia! (Asustados retroceden de repente, y luego se van marchando por las puertas que encuentran cada uno más inmediata. Vase con ellos Barbantano.)

MARQ. (De rodillas ante su hija.) ¡Socorro! ¡Mi hija, mi hija se muere! ¡Socorro! ¡Un médico, por Dios!

CONDE. ¡Sí! Voy á traerle. (Vase precipitadamente por la derecha.)

AUR. ¡Dios quiera que lo encuentre enseguida!

MARQ. (Desesperada.) ¿Llegará á tiempo? (Viendo que todos se han ido.) ¡Todos me abandonan! ¡Hija de mi alma, huyen de tí! ¡Ah, Señor, Señor! ¿Quién la socorrerá?

LIA. (Que aparece con Fabián por el foro.) ¡El!

MARQ. ¡Fabián! (Asombrada.)

AUR. ¡Su corazón no late!

LIA. (Que tiene cojidas las manos de Paulina.) ¡Está fría!

MARQ. ¡Hija de mis entrañas! (Rechazando á Fabián que se habrá acercado.) ¡No!

FAB. (Interponiéndose entre la Marquesa y Paulina, cuya mano coje. Con dulzura y energía.) Permita usted, señora, permita que salve hoy á su hija... mañana podrá usted arrojarme de esta casa.

CAE EL TELÓN.

# ACTO SEGUNDO

Ocupa los dos tercios de la escena, á la derecha la cabaña de Fabián que está construida de bambú; tiene dos aberturas sin puerta; una comunica por la izquierda con el otro tercio de la escena ocupado por un jardín, que tendrá su banco de madera frente al público, y una salida en el foro. La otra abertura está en el fondo de la cabaña hacia él extremo derecho. Por ambas aberturas se ven bosques y montes en último término, con vejetación tropical. Hay en la cabaña una taquilia, arcón ú otro mueble tosco con algunos libros viejos, asientos de madera, un camastro, un hacha colgada sobre él y una puertecita que va á otras habitaciones interiores y que estará en el primer término derecha.

## ESCENA PRIMERA

AURELIA, luego BARBANTANO.

AUR. (Entrando por la derecha con una sombrilla que cierra.) ¡Por fin llegué!... (Desde la puerta.) ¿Qué es eso, señor Barbantano, se enreda usted con los bejucos? ¿Quiere usted que le ayude?

BARB. (Dentro) ¡Gracias señora Condesa; ya no hace falta! (Entra y trae en la mano un látigo.) ¡Uf! Aquí estoy!

AUR. ¡Já, já, já! (Después mira al interior de la cabaña.)

BARB. ¡Uf! Es usted digna de admiración; atreverse á venir por estos sitios, quien solo pisó en su vida mullidas alfombras!..

AUR. Me he portado bien. Nada me arredra; ni los torrentes, ni los peñascos, ni el sol; en fin, soy valiente como mi hermano. Y apropósito, ¿qué ha sido de él?

BARB. Se quedó bajo un enorme plátano, con el pretexto de acechar los animales dañinos.

AUR. (Riéndose.) Pero con el propósito de sentarse á la sombra.

BARB. Le dejé disponiéndose...

AUR. ¿A cargar la escopeta?

BARB. No, señora, á ejercitar el abanico. (Enjugándose el sudor.) Lo cierto es que se suda. ¡Vaya un sol y vaya un paseo!... ¿Y todo para qué? ¡Para conocer la choza de un mulato!

AUR. (Sentándose á la izquierda.) Ahora que ya hemos llegado, y que logré mi deseo, puede hacer usted cuantas preguntas dejé sin contestación por el camino.

BARB. (Sentándose.) Sí, preguntaré... No hago otra cosa desde que volví de Calcuta, donde he permanecido quince meses; ¡quince meses sin ver mi ingenio!; aunque Roger, mi mayordomo, lo ha cuidado muy bien. ¿Cómo fué lo de la Marquesa?

AUR. ¡Oh, una desgracia para todos, y principalmente para la pobre Paulina! Mi tía recibió una carta de Francia, que le obligaba á marchar allí, para defender el buen nombre de su difunto esposo... precisamente ocurrió esto cuando atacó la epidemia á Paulina, como usted recordará.

BARB. Me entró un miedo... (Conteniéndose.) No: me conmoví de tal modo... que abandoné la colonia sin pérdida de momento.

AUR. (Después de reirse.) Bueno, pues el Médico curó á mi prima; mas estando convaleciente y muy debil, era demasiado atrevimiento exponerla á un viaje tan largo; su madre necesitaba imprescindiblemente ir á Francia; y tranquila por el parecer de los facultativos acerca de su hija, me la confió, embarcándose en una fragata. ¡Cinco meses después supimos con espanto que la fragata se había perdido con tripulación y pasajeros! Ya supondrá usted el profundo dolor que esperimen-

taría Paulina con la muerte de su madre. La pobre niña volvió á enfermar gravemente, y Fabián tuvo nueva ocasión de mostrarnos el poder de su ciencia.

BARB. Ya, ¿conque el Médico negro tiene la desfachatez de curar á los blancos?

AUR. (Levantándose y pasando á la derecha.) Debería recurrir á él todo el mundo! Fabián permaneció al lado de Paulina, prodigándole sus auxilios hasta dejarla completamente bien, y entonces se fué de la casa, y ya van pasados seis meses sin que, ni por casualidad, le hayamos vuelto á ver la cara.

BARB. (Levantándose con muestras de estar molido.) Como la tiene tan bonita!

AUR. (Riéndose.) Pues yo deseo vérsela. Algunos negros me han dicho que vaga errante por los sitios más escarpados y solitarios, huyendo de las gentes. Y como esta circunstancia excitó otra vez mi curiosidad...

BARB. ¡Me ha hecho usted dar este paseito!

AUR. Ya está usted al corriente de todo, y para completar la historia le diré, que hemos respetado el luto de Paulina durante un año; pero ahora pensamos, amigos y parientes, en proporcionarla marido. Creo que usted tenía ciertos proyectos...

BARB. He variado de propósito. Me hace cucamonas la dueña de los cinco ingenios mejores de la Isla.

AUR. Lo celebro: mi hermano no tendrá que luchar con un rival tan terrible como usted.

BARB. Pues no teman ustedes. (Cambiando de tono.) ¿Señora, vamos á estarnos toda la vida bajo este tinglado? (Llamando.) ¡Eh! ¿No hay nadie?

## ESCENA II.

DICHOS.—CRISTIÁN.

CRIST. (Apareciendo por la puertecilla de la derecha.) ¡Voy mi amo! (Deteniéndose.) ¡No es él!

AUR. ¡Por fin salió un sér humano!

BARB. ¿Esto es un sér humano? (Se rie.) ¡Acércate! (Le indica que se acerque.)

AUR. Quién es usted, amigo mío?

CRIST. (Con temor.) ¡Cristián!... un pobre negro viejo. Cristián no podía trabajar ya más, le daban muchos latigazos; pero no le devolvían con ellos ni la juventud, ni la fuerza. Un día le castigaron tanto y estaba casi muertecito, cuando apareció Fabián, le curó las heridas al pobre negro, le compró al amo mío y desde entonces soy todito de Fabián en cuerpo y alma.

BARB. (Mirándole y riéndose.) Fabián quiso tener esclavo, y ha comprado uno de lance, que no vale un pito.

CRIST. Su merced. ¡Fabián no quiere esclavo á nadie!

AUR. ¡Pobrecillo! ¿Dónde está Fabián? ¿Qué horas tiene de venir?

CRIST. (Señalando hacia fuera.) ¡Dios lo sabe! Anda de monte en monte, solo, triste; pasa días y noches enteras sin entrar aquí; pero Cristián le aguarda siempre.

BARB. (Adelantándose.) Supongo que no tendrá usted la paciencia de este negro y que nos iremos pronto.

AUR. Si no temiese que llegara la noche... en fin, otra vez será; cuando menos he visto la casa del Médico. Adiós Cristián. (Se dispone á marchar.)

CRIST. Vaya con él su merced.

BARB. (A Cristián.) ¡Oye, negrito; dile á tu amo que hemos honrado su madriguera la esposa del Gobernador y un amigo del Gobernador!

AUR. (En la puerta con la sombrilla y volviéndose.) Vamos, hombre...

BARB. Voy, señora mía! (Vanse.)

## ESCENA III.

CRISTIÁN, solo.

CRIST. (Viéndolos marchar.) Mucho le importará á Fabián saber que estuvo aquí un amigo del señor Gobernador... (Mirando á la salida del foro.) ¡Es Fabián! ¡Siempre tan triste! Vamos á prepararle la comida, que no probará, como de costumbre... (Vase.)

## ESCENA IV.

FABIÁN, solo

FAB. (Entra depacio: trae escopeta, y colgada del cuello una cadenita, de la que pende una cruz pequeñita, la cual tiene cojida con la mano y contempla. Deja la escopeta arrimada á la pared, y el sombrero sobre el arca.) ¡Cruz adorada! Cruz que llevó mi pobre madre toda su vida; cruz sobre la cual estampó un beso al tiempo de morir, y que del helado pecho de aquella santa yo recogí lleno de veneración! Cuántas veces tuve pensamiento de obrar mal; te contemplé así, en mi mano, como ahora, y después de besarte, conjurabas mis ímpetus y mi cólera haciéndome derramar lágrimas de tierna mansedumbre. ¿Tú, que eres tan poderosa contra las malas pasiones, no alcanzas nada contra el dolor? En vano te coloco sobre este corazón que se abrasa. ¡No logras extinguir su llama! Y sin embargo, mi amor es un crímen: imploro tu ayuda. ¡Y no lo evitas! ¡Oh, madre mía! Solo á tí he confesado que la amo. ¡Sí, este hombre de piel bronceada, este hombre que fué esclavo, tiene la osadía de amar á una mujer blanca, á la hija de sus dueños! Este hombre es un desdichado. ¡Ruega por él, madre de mi alma! (Se sienta en un asiento cerca del camastro y queda ensimismado.)

## ESCENA V.

FABIAN.—PAULINA.—LIA.—UN NEGRO.—Aparece el negro por la abertura de la derecha, ve á FABIAN y hace señas al exterior de que entren, y lo verifican PAULINA y LIA que viene macilenta y apoyada en el brazo de su ama. Da Paulina su sombrilla al negro, indicándole que se vaya, lo cual ejecuta, y obliga á Lia á que se siente en el banco del jardín; después entra sola en la cabaña.

PAUL (Después de hacer un esfuerzo para hablar.) ¡Fabián!
FAB. (Volviéndose.) ¡Cielo santo! (Se levanta.)

PAUL. (Avanzando.) ¡Fabián!

FAB. ¿No sueño? ¿Es usted, señorita, quien está aquí?

PAUL. (Con dulzura.) Usted acude presuroso á la cabecera del enfermo, y se aleja del sano, como si temiese recibir de él, por recompensa, el olvido y la ingratitud. Ese asombro dice bien claro que no me equivoco. Dos veces me encontré á las puertas de la muerte; dos veces debí á usted la salud y la vida... ¿Cree usted á Paulina capaz de no recordar los infinitos sacrificios y desvelos de Fabián? ¡No es posible!... ¿Usted me esperaba, verdad?... Sí, no puede usted juzgar de ese modo, á quien le ha de guardar eterno reconocimiento. (Le quiere entregar una bolsa.)

FAB. (Señalando el bolsillo y con amargura.) ¿Ha venido usted para ofrecerme eso? ¡Señorita, yo pensaba que era usted más generosa!

PAUL. (Con viveza.) Vengo á depositar este oro en sus manos, para que lo reparta entre los enfermos pobres.

FAB. (Tomando la bolsa.) ¡Es usted un angel! (Mirándola satisfecho.) ¡Bendito sea Dios, que secundó mis esfuerzos, permitiéndome librarla de la muerte! Al contemplar á usted viva, mi alma se inunda de placer, de orgullo infinito. ¡El cielo colme á usted de dichas!

PAUL. ¡Gracias, Fabián! ¡La pérdida de mi querida madre aniquiló mi espíritu; no puedo ser feliz; todo me preocupa y entristece!
Al mismo tiempo que á darle gracias, vengo á traer una enferma.

FAB. ¿Una enferma?

PAUL. Sí, Lía, mi hermana de leche.

FAB. ¿Qué padece?

PAUL. Lo ignoro. Solo observo que la pobrecita está más triste y abatida cada día; debe sufrir mucho... (Indica á Lía que entre.) Vamos Lía, anímate, que Fabián te curará.

FAB. (Después de hacerla sentar, la coje una mano y la mira con fijeza.) ¿Qué sientes, hija mía?

LIA. (Sin levantar la cabeza.) ¡Nada!

PAUL. ¡Lía, por Dios díle á Fabián lo que sientes!

LIA. ¡No siento nada!

PAUL. (A Fabian.) Nunca responde otra cosa... (Desesperada.) Usted no podrá curarla si se niega á explicar su padecimiento; considera que vas á morir sin que te prestemos los auxilios necerarios para combatir tu enfermedad, por desconocerla.

FAB. Yo la conozco, señorita.

LIA. (Asustada.) ¿Cómo?

FAB. ¡Conozco esa enfermedad! ¡Oh, la conozco mucho! (Soltando la mano de Lía.) Pero no puedo curarla.

PAUL. (Asustada.) ¿No?

FAB. ¡El mal que te devora, desdichada Lía... está aquí, en el corazón!

LIA. (Levantándose con terror.) ¡Cállese por Dios! (Cae sentada.)

PAUL. (Aparte.) ¡Hay un misterio!

FAB. (Animandose.) ¡Tú amas!

LIA. (Con debilidad.) ¡No .. yo no puedo amar!

FAB. No lograrás engañarme... Leí ese amor en tus ojos, cuando tu ama convalecía de su enfermedad: ya veo que desde entonces la pasión ha crecido, aunque intentas ahogarla...

LIA. (Ocultando la cara entre las manos) ¡Oh, por favor! ¡Tenga su merced piedad de mí!

FAB. Es un amor casto y puro; y no obstante tratas de ocultarlo, llena de vergüenza, porque no tienes derecho para amar al preferido de tu alma... ¡porque ese hombre te despreciaría!

PAUL. ¡Oh! ¿Despreciarla?

FAB. ¡Tú perteneces á la raza maldita... y él... es blanco! Amas á Roger.

PAUL. (Con viveza.) ¡Ah! El Mayordomo de Barbantano.

FAB. Sí, señorita; Roger es hombre de bien y de muy humanos sentimientos; mas no pertenece á nuestra raza... (A Lia.) Tú eres hija de negro... como yo, y no hay remedio para tu mal. (Animándose.) Cuántas veces por la noche, rendido el cuerpo con el martirio constante de su espíritu, ya sin aliento para exhalar quejas amargas, secos los ojos de tanto llorar... ¡Cuántas veces en el silen-

cio de la noche estarías á punto de maldecir al Dios que te dió un alma, bajo esa piel negra y un corazón que no tiene libertad para latir! ¡Cuántas veces estarías á punto de maldecir á la madre que dió á luz tal como eres... tal como soy yo!... (Llorando.) ¡Sufre, pobre hermana mia, sufre y desespérate, porque padeces una cruel enfermedad... una enfermedad que no tiene remedio!

PAUL. (Aparte.) ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué escucho!

LIA. (Llorando.) Moriré: lo deseo.

PAUL. (Con cariñoso afan.) ¡Desdichada! ¡No será; quiero que vivas, y te salvaré! (Mirando á Fabián con ánimo resuelto.) ¡Nada me importa la diferencia de raza! ¿No se muere de amor por ese hombre? ¡Lia es digna de que él la ame! ¿Lo oye usted, Fabián? ¡Es preciso que viva, y que viva feliz, siendo esposa de Roger!

LIA. (Con alegría.) ¡Su esposa!

FAB. (Asombrado.) ¡Imposible!

PAUL. Realizar tu boda, será la obra más humanitaria que yo haya hecho en mi vida... ¿Acaso no te ama ese hombre?

LIA. Siempre fué amable...

PAUL. Si te distinguió con su amistad, ¿por qué no ha de quererte?

LIA. ¡Casándose conmigo todos le despreciarán!

FAB. Dices bien; el amo á quien hoy presta honrados servicios le arrojará de su casa, y en ninguna de la isla querrán utilizarlos.

PAUL. ¿Y qué, esta preocupación ha de impedir la boda? ¿No soy rica? Hoy recuerdo, por primera vez en mi vida, que tengo bienes de fortuna, y lo recuerdo con orgullo, porque me servirán para labrar tu dicha. (A Fabián.) No sé qué poder oculto me comunica ánimos y fuerzas que nunca tuve; y que sabré aprovechar... Iremos esta tarde á la hacienda de Barbantano, para ver á Roger, y todo quedará resuelto. (Deteniéndose.) En el estado de postración y debilidad que te consume, no podrás acompañarme... y yo no quiero

confiar el secreto de tu corazón á otras personas... (Con energía.) ¡Iré sola!

FAB. (Con tristeza.) ¡Sola! No es prudente: se expondría usted á infinitos peligros, en medio de esos bosques, que desconoce. Yo, si usted lo consiente, la escoltaré de lejos, de muy lejos, sin que lo note nadie.

PAUL. (Con dulzura.) No, Fabián, irá usted á mi lado. Cuando suenen las tres en el reloj de San Luis, procure usted encontrarse al final de la senda grande. (A Lía.) Vamos, hermana... (Acariciándola.) Ya no te morirás de melancolía. (Lia se levanta.) (A Fabián.) ¡Cobra nuevos ánimos! ¡Hasta su mirada es más brillante! Gracias á usted que supo descubrir su mal, ahora tiene esperanzas... y la esperanza... es la vida.

(Lía besa las manos á Fabian, y vase con Paulina, á quien ayudará también el negro que sale en este punto y vase con ellas.)

## ESCENA VI.

FABIAN, solo.

FAB. ¡Nada me importa la diferencia de raza! ¿No se muere de amor por ese hombre? ¡Lía es digna de que él la ame!... ¡Sí, eso dijo, eso me dijo á mí... que muero por ella!... ¡Oh, gracias, madre del alma, gracias! Te invoqué; has rogado por tu hijo y Dios le envía un rayo de consuelo.

## ESCENA VII.

FABIÁN.—CRISTIÁN.—EL CONDE. Suena un tiro dentro y luego la voz de el Conde.

CONDE. ¡A mí! Socorro!

CRIST. (Sale por la puertecita. Se asoma al foro y señalando la izquierda, corre.) Amo... un cazador... una serpiente. (Descuelga el hacha.)

FAB. (Quitándole el hacha.) Dame el hacha, Cristián. Te faltarían las fuerzas. (Se lanza fuera.)

CRIST. (Desde la puerta.) ¡Qué vale mi vida!... Yo no

sirvo para nada, mientras su merced hace mucha falta... (Se dispone á salir y se detiene.) ¡Fabián llegó á tiempo! (Entra Fabián conduciendo del brazo al Conde.)

FAB. ¡Apóyese usted sin reparo!

CONDE. ¡Gracias, Doctor, no soy ninguna damisela! (Cristián toma el sombrero y la escopeta del Conde que coloca en un rincón.)

FAB. (Entregando el hacha á Cristián que la pone en su sitio.) ¡Toma y trae agua! (Cristán entra por la puertecita y Fabián ofrece un asiento al Conde.)

CONDE. (Reponiéndose.) Muchas veces he visto de cerca á la muerte; pero nunca había tratado con tanta intimidad á las serpientes. ¡Y esta era un buen ejemplar! ¡Qué pedazo de culebra! Es un producto natural de la isla, que les honra á ustedes poco! (Vuelve Cristián trayendo agua en la corteza de un coco que entrega á Fabián y éste al Conde.)

CONDE. (Después de beber.) ¡Gracias! (Devuelve el coco á Cristián.)

FAB. (Reparando en la mano izquierda del Conde.) ¿Está usted herido?

CONDE. (Extrañándolo.) ¿Sí? Oh, no es nada, algún chispazo de la piedra de mi escopeta.

FAB. (Sacando del arca una venda, trapos y algún medicamento.) En este país son peligrosas las heridas, sobre todo para los europeos, y por leves que parezcan, deben cuidarse. (Vuelve Fabián con trapos, etc., etc., y le hace la cura al Conde, sentándose á su lado.) ¿Qué le trajo á usted por sitio tan extraviado?

CONDE. (Apoyándose en otro asiento y quedando medio echado.) El deseo de recostarme á la sombra para esperar á mi hermana que iba escoltada por el señor de Barbantano. Deben haberse vuelto á San Luis por otro camino. En fin, el caso es que yo dormitaba dulcemente, soñando que estábamos de caza en mi país: oigo el crujir de una mata, y medio adormilado, creo que pasa un conejo, hago fuego á tenazón, cuando en vez del desdichado cuadrúpedo se alza la cenicienta cabeza de una serpiente enorme, á

la que sin duda había molestado mi saludo intempestivo. Se aproxima silbando la condenada; no me quedaba otra arma que el abanico, y ¡canastos! me decidí por pedir auxilio. Mi buena estrella le trajo á usted con su hacha, y vive Dios, que es usted un gran cirujano, amigo Fabián. Ha hecho usted la amputación más notable de su carrera. ¡Chás! Dividida en dos partes la columna vertebral.

FAB. Señor Conde, si necesita usted descansar, mi humilde morada está á su disposición; si desea usted volverse á San Luis le proporcionaré un guía. (Se levanta.)

CONDE. (Levantándose.) Gracias por la hospitalidad que me ofrece; aceptaré el guia, no haga el diablo que me pierda, y se alborote mi hermana temiendo alguna desgracia.

FAB. (A Cristián ) Acompaña á este caballero por la senda de Santa María.

CONDE. Doctor, es usted el angel custodio de toda nuestra familia... Sin la intervención de usted volverían á llorar los hermosos ojos de mi prima, teniendo además que vestir nuevo luto en lugar de ceñirse la corona de desposada.

FAB. (Que estará colocando algun trapo sobrante sobre el arca y volviendose.) ¡Corona de desposada! ¿Quien?

CONDE. Mi prima Paulina.

FAB. ¿Se casa?

CONDE. Sí.

FAB. ¡Imposible! (Con viveza.)

CONDE. ¿Por qué?

FAB. (Turbado.) Porque no conozco en la Isla de Borbón, persona digna de poseer ese tesoro.

CONDE. Dice usted bien; pero yo no soy de la Isla de Borbón.

FAB, ¡Luego usted!...

CONDE. Sí, señor; estoy enamorado de mi prima; y formalmente. ¿Se asombra usté? Tampoco en Francia me creerían capáz de ello; pero es verdad: amo á Paulina y será mi esposa. Así lo acordó su madre para cuando volviese del viaje. Pasado el

luto, ya es ocasión de ir disponiendo nuestra boda, á la cual no se opuso.

FAB. ¡No se opuso! (Como despidiéndose.)

CONDE. Amigo Fabián: sé que la aristocracia de la Isla, me censurará muchísimo; pero quiero que usted, la persona á quien tanto debemos, asista á nuestro casamiento. ¡Adios, pues, y hasta la vista! (A Cristian que le entrega la escopeta y el sombrero.) Anda tu delante, y que Dios nos libre de las serpientes y de los rayos del sol. (Vanse.)

## ESCENA VIII.

FABIAN, solo.

FAB. (Estallando de celos y de ira.) ¡No se opuso! ¡Ella le ama! ¡Ese hombre será su marido, y yo le acabo de salvar la existencia! ¡Oh, y le he dejado salir vivo de aquí! (Coje la escopeta, se dispone á salir y se detiene.) ¡Matarlo... Un asesinato!... ¿Y qué conseguiría? A falta del Conde habrá otros veinte que la pretendan y... se casará. Oh, no, no es él quien debe morir... es... ¡Ah!... ¡Me ahogo! (Cae sobre el camastro, lleva su mano al pecho y tropieza con la cruz.) ¡Otra vez me asaltó terrible pensamiento, y la cruz, sin que yo intentase cojerla, toca en mi mano! ¡Madre! ¿Eres tú quien me hablas? ¿Qué me ordenas?... Sí... te comprendo; no quieres verme criminal... prefieres que sea desgraciado, que continúe soportando mi desdicha... (Suenan á lo lejos las tres.) ¡Las tres! ¡Ella me aguarda! ¡Ella, la prometida del Conde! (Levantándose furioso.) ¡Pues bien, no moriré solo!... ¡Muertos uno y otro, no se interpondrá el recuerdo de mi madre, ni temeré á Dios... ¡Sí, nada me detiene! Prefiero el infierno con ella, á verla esposa de otro. (Coje el sombrero y sale desesperado.)

CAE EL TELÓN.

# ACTO TERCERO

La escena representa una rada que principia en el primer término derecha con acantilados enormes: va dando vuelta por todo el escenario y concluye en tercer término del mismo modo. En línea oblícua al proscenio, y haciendo posible el paso de un estremo de la tierra á otro, habrá varios peñascos que detienen las aguas del mar, cuyas olas tranquilas al comenzar el acto chocan en ellos y en los acantilados, que determinan la ensenada. El acantilado de la derecha tendrá una escalera toscamente tallada en la piedra, y el de la izquierda otra escalera que con dificultad conduce á una senda que bordea el acantilado. Tras de las peñas que forman la línea oblícua, hay una playa, que se inunda á su tiempo. De dichas peñas habrá dos más grandes que las restantes: una podrá servir de asiento por el lado del público: la otra figura una gruta. El mar que al principio ocupa el espacio que hay entre el primer término derecha y el tercero izquierda, va subiendo despacio hasta que después de cubrir todos los peñascos, abarca toda la escena y rompe hasta en el fondo. El horizonte que estaba brillante de luz se nubla, y las nubes corren con el viento cuando empieza la tormenta y el mar se embravece.

## ESCENA PRIMERA

DOMINGO y JUAN.

(JUAN aparece sentado en la roca del centro. DOMINGO viene del fondo, con los avíos de pescar al hombro.

DOM. ¡Juan! ¿Qué haces ahí?

JUAN. Descansar. Vine á buscarte costeando y estoy

rendido con la caminata. Esta bahía es preciosa y la playa parece buena para bañarse.

DOM. ¡Sí, para bañarse el diablo! La orilla tiene muchos peñascos con más puntas que un erizo, donde se estrellaría el mejor nadador. Toma tus avíos y anda, que la marea está subiendo y no es prudente detenerse por estos bajos. (Vanse por el sendero que bordea los acantilados y desaparecen a lo lejos.)

## ESCENA II.

FABIÁN y PAULINA.

(Aparecen en lo alto de la roca del lado derecho.)

PAUL. (Con sombrilla.) ¿Por qué hemos tomado este camino?

FAB. Es un atajo, y por él llegaremos antes á la hacienda.

PAUL. Me parece bien. (Recorriendo la escena con la vista.) Nunca anduve por este lado de la Isla. ¿Dónde estamos?

FAB. En una ensenada, que casi nadie frecuenta. La gente llama á este sitio La Gruta del Mulato, nombre que se relaciona con una leyenda muy popular.

PAUL. Una leyenda... ya me la contará usted... continuemos marchando. (Fabian baja, ella le sigue y se apoya en él.)

FAB. (Abajo en la playa.) El sol calienta demasiado; está usted muy cansada de tanto andar, y le será conveniente el reposo.

PAUL. ¿Llegaremos á mi hacienda primero que Roger? Deseo ver á Lia, antes que él vaya, para contarle el feliz resultado de mi empresa.

FAB. Roger dijo que iría por mar, y aun cuando bogase con mucho brío, le llevamos bastante delantera. Tiene usted lugar sobrado para tomar aliento.

PAUL. (Sentándose en el banco de la roca que está en el centro) Obedezco al Doctor, porque, después de todo, me hace falta la medicina. (Contemplando el sitio.) ¡Qué sitio tan agreste! ¡Parece desierto!

FAB. (De pie, cerca de ella, y á la derecha.) Usted me dijo que la llevase por los caminos más solitarios... (Con alguna amarga reticencia.) La señorita no quería que la viesen acompañada de Fabián, y mucho menos cuando en algunos momentos tuvo la bondad de honrarle, apoyándose en este brazo... ¡Oh, nada tiene usted que temer: he sabido encontrar camino á su gusto!...

PAUL. (Después de un instante de silencio, y como buscando otro giro á la conversación.) Me parece que usted recogió mi abanico...

FAB. (Sacándolo del pecho, se lo entrega con respeto.) Sí, señora. Tómelo usted.

PAUL. (Tomándolo.) También usted, Fabián, necesitará descanso...

FAB. (Alejándose, como por respeto.) No: estoy bien.

PAUL. Tenía usted razón, aconsejándome el reposo... el aire es fresco y reanima... siéntese usted aquí, Fabián. (Le indica el sitio.)

FAB. (Aparte.) ¡A su lado! (Da un paso y se detiene.)

PAUL. Por fin sabrá Lía que ningún obstáculo la separa de Roger. También podré decirla: «Dentro de un mes saldrás de la Colonia con tu esposo... (Suspira.) Iréis á vivir en otro país, donde las preocupaciones de las gentes no condenarán vuestra unión, y tú serás dichosa.»

FAB. Será dichosa porque Roger la ama. Sin el amor de éste ¿de qué habrían servido mi ciencia y su generosidad de usted?

PAUL. ¡Oh! Roger tiene un corazón hermoso.

FAB. No bastaría, si no amase.

PAUL. Tampoco nació bajo este cielo, que á ser criollo, las circunstancias le obligarían á esconder su amor en lo más recóndito del pecho.

FAB. De modo que siendo criollo Roger, aunque Lía muriese de pena, no se hubiera atrevido ni á derramar una lágrima por la memoria de aquella infeliz, ¿verdad?

PAUL. (Se levanta con calma y se dirige hacia la izquierda.) Creo que debemos continuar hacia casa... Quizás me aguarden en ella Aurelia y su hermano...

FAB. ¡El Conde!

PAUL. (Volviéndose y con frialdad.) ¡El mismo!

FAB. (Conteniéndose.) El Conde ama á usted, señorita.

PAUL. (Turbada.) Eso dice...

FAB. ¿Será usted su esposa?

PAUL. Así lo deseaba mi madre... (Fabián pierde el equilibrio; se apoya en una roca. Paulina da algunos pasos y luego se vuelve.) Fabián... le estoy esperando... ¿qué le detiene á usted? (Fabian se pasa la mano por la frente y después mira con atención dos cruces que habrá grabadas en una de las piedras de la gruta.) ¿Qué mira usted con tanta fijeza?

FAB. (Con calma.) Esas dos cruces esculpidas en la roca, me recuerdan la leyenda de que antes hablé á usted.

PAUL. ¿Si?

FAB. ¿Quiere usted que se la refiera?

PAUL. Temo...

FAB. (Casi sin poderse contener.) ¡Teme usted que el señor Conde se impaciente!

PAUL. (Después de un momento de silencio, y acercándose más á Fabián.) Dijo usted que llevábamos mucho camino de ventaja á Roger... (Yendo á sentarse donde antes estuvo.) Bueno, pues refiérame usted esa historia, que ya le escucho.

FAB. (Después de mirar al mar, que continúa subiendo, vuelve al lado de Paulina. Vivía y penaba en San Luis un desgraciado mulato, que en pago de no sé cual servicio hecho á sus dueños, obtuvo la libertad; pero este generoso dón, que debiera haberle colmado de alegría, contribuyó á su mayor desgracia, pues tenía qne abandonar la casa de sus amos, y como en ella habitaba un angel que Dios le había enviado para su consuelo, el pobre mulato se alejó de aquella morada más triste con la libertad, que lo fué en la esclavitud; porque aquel infeliz estaba loco... ¡Loco de amor!

PAUL. Se va haciendo tarde...

FAB. (Sin escucharla.) Dispuesto y resuelto tenía que ocultar siempre su abrasadora pasión... cuando la noble señorita le fué á ver, y algunas caritativas frases que ella le dijo, concluyeron por ofuscar

su razón... y llegó á creerse correspondido. (Movimiento de zozobra de Paulina ) ¡Ya he dicho á usted que aquel hombre estaba loco!... Supuso que la joven había adivinado sus pensamientos, y que al considerar imposible la unión con el mulato, por respetos al orgullo de su raza blanca, formó el propósito de permanecer soltera .. ¡El insensato daba gracias á Dios, olvidando los tormentos pasados!... Soñaba y despertó al oir... ¿Se casa?... ¿Casarse ella? Imposible. ¡Le había engañado!... ¡Su amor era objeto de mofa y escarnio! .. ¡Pobre loco!... Entonces, él, que hubiese sacrificado por aquella mujer hasta la vida y la salvación... juró... unirse á la prenda adorada de su alma con el lazo solemne... terrible... de la muerte!

PAUL. (De pie y viendo el agua que sube.) ¡Fabián! ¡Fabián! ¡El agua cubre las peñas! ¡Vámonos, Fabián!

FAB. (Deteniéndola.) ¡Irnos! (Después de sonreir amargamente.) ¡Oh, el mulato vino con la joven á este sitio, y aquí, en el mismo punto que nosotros nos hallamos, estuvieron ellos. Subía la marea, no quedaba más que un camino libre... y el mar avanzaba... (Cogiendo á Paulina de las manos ) Ella pedía al mulato que huyesen para salvarse; pero él sin piedad á temor, ruegos y lágrimas, la sujetaba fuertemente con sus manos de hierro... Por fin, él exclamó: ¡te amo!... La mar seguía subiendo y había cubierto el camino... la muerte era irremediable... y la muerte arredraba menos á la joven que el amor del mulato...

PAUL. (Con terror.) ¡Fabián, por favor, sálveme usted!

FAB. (Estallando.) ¡Salvarte! ¿No has comprendido... que yo te adoro? (Relámpago y trueno lejano; las nubes del fondo que están iluminadas por el sol poniente reflejan mayor luz y quedan oscurecidas.)

PAUL. ¡Usted!

FAB. ¡Oh, no me equivoqué: te arredra más mi amor que la muerte!

PAUL. ¡No, usted me engaña! ¡Usted no tendrá valor para matarme!

FAB. (Mostrándole el mar, que se agita y continúa invadiendo la roca.) Mira, Paulina, primero que logremos llegar nadando á la roca por donde bajamos, nos estrellarán las olas contra la costa... ¡Oh! tuve miedo de ser débil y he aguardado á que se cierren todas las salidas, para que no me dominasen ni el arrepentimiento, ni la piedad. ¡La muerte nos espera sin remisión! ¿Cómo? ¿No tiemblas? ¿No maldices á tu matador?

PAUL. (Con solemnidad.) Fabián, júreme usted solemnemente, júreme usted por la sagrada memoria de su madre que nuestra salvación es imposible. (Brilla el segundo relámpago y trueno lejano.)

FAB. (Indicándola el agua.) ¡Lo juro! Ya toca el agua nuestros piés, y dentro de poco ahogará nuestros gritos.

PAUL. (Hincándose de rodilas sobre el banco.) Entonces voy á implorar el perdón de mi madre y á rezar por usted.

FAB. ¡Por mí!

PAUL. Mi muerte se acerca y puedo decir sin vergüenza ni remordimientos... ¡Te comprendo y te perdono, Fabián, por que yo también te amo!

FAB. ¡Me amas! ¡Ah, Señor, Señor, no consientas que muera, mátame á mí, pero salva la vida de Paulina! (Aumenta la agitación del mar, brilla un relámpago y suena un trueno muy fuerte. Coje en brazos á Paulina, que ha perdido el conocimiento, gana una roca que habrá aún descubierta en parte, pero al fin la invaden las olas, y después de quitarse la prenda que lleva en el cuerpo, se lanza á ellas y figura que nada con un brazo mientras con el otro llevará cogida á Paulina. Se le ve luchar con las olas. La música de la orquesta, que empezó á preludiar una melodía, muy piano, en cuanto se inicia la tempestad, toca fuerte desde que terminan de hablar los actores hasta que acaba de bajar el telón.

CAE EL TELÓN.

# ACTO CUARTO

Habitación en casa de Paulina: puerta al fondo que da á un jardin; otras laterales. Velador á la izquierda con recado de escribir: á su lado un sillón; otro á la derecha; las sillas y demas muebles propios de la época y del pais.

## ESCENA PRIMERA

LIA y ROGER

(Aparece LIA sentada á la derecha y ROGER en pie á su lado.)

LIA. (Estrechando las manos á Rojer.) ¡Qué bueno eres, y cuánto te debo! (Levantándose.) ¡Cuando hace un mes aguardaba yo ansiosa la vuelta de mi señora, cómo había de imaginar que la pobrecita hubiera perecido ahogada entre las olas aquella tarde, si tú al oir gritos de angustía no acudes y logras salvarla de la muerte! Grande fué mi asombro viendo llegar en tu barca á mi ama; pero mi alegría fué inmensa al enterarme de lo ocurrido, y de que también accedías á llamarme tu esposa. ¡Mucho, mucho, te debemos yo y mi ama.

ROG. ¿Cómo se encuentra hoy?

LIA. Sigue melancólica y silenciosa. La población entera acudió á felicitarla por haber salido con bien de aquel peligro; mas ni entonces ni ahora quiere recibir á nadie: ni á su prima la Condesa

Aurelia. Solo entra en esta casa el Abate Landry, que viene todos los dias. Ayer, sin embargo, mandó llamar al Notario Morand, que vino: hoy ha vuelto, y hace una hora larga que está hablando con ella.

ROG. ¿Y Fabián?

LIA. Tampoco viene.

ROG. Pues ayer le escribió tu ama.

En su cabaña me encontraba cuando le llevaron la carta. Al despedirnos puso un jesto tan sombrío y me estrechó la mano de un modo que parecía como si quisiera darme un adios eterno. Esto me inquieta, y voy á verle. (Vase hacia el foro.)

LIA. Sí; vela por él; yo le quiero mucho: es bueno y le debo mi dicha, que eres tú.

ROG. ¡Hasta luego, Lía! (Se abrazan y vanse por el foro.)

## ESCENA II.

PAULINA y NOTARIO.—Entran, izquierda.

PAUL. (Con un papel en la mano.) La tasación que ha hecho usted de mis bienes, es justa y razonable. Vea usted si Barbantano se conforma con el precio y firma la escritura. Si pone algún obstáculo, rebaje usted cuanto quiera; lo importante es terminar el asunto hoy mismo.

NOT. No se quejará usted de mí, que desde ayer acá he cumplido todos sus encargos con la reserva que me indicó. No obstante, permítame usted que, como antiguo amigo de la casa, me atreva á decirle que esta resolución de vender su patrimonio, parece hija de un arrebato.

PAUL. No, señor; está meditada. Soy huérfana mayor de edad, y dispongo de mis bienes con perfecto conocimiento. (Llamando con una campanilla que habrá sobre el velador. Entra un negro. Al negro.) ¡Dile á Lía que venga! (Vase el negro.)

NOT. Está usted inquieta... Si le ocurre algo grave,

¿por qué no me demuestra usted la confianza de otras veces? ¿Acaso no la merezco ya?

PAUL. Usted es digno de ella, como siempre; mas le suplico que me perdone si en este momento la pongo toda en Dios... ¿Vendrá usted á la noche?

NOT. Vendré. Voy á llevar la escritura á Barbantano; pero crea usted que siento ver en manos extrañas un caudal adquirido por su padre de usted, en fuerza de honradez y de trabajo. (Vase y al mismo tiempo aparece Lía en la puerta; Paulina, que se había quedado en el proscenio, se sienta al lado del velador.)

## ESCENA III.

PAULINA, LÍA.

Entra LIA y viendo á su ama pensativa se acerca á ella y se arrodilla á sus pies, cogiéndole una mano, que besa.

PAUL. Vas á llevar esta carta al abate Landry, (Se la da.) que se vendrá contigo y lo conduces al oratorio, á donde iré yo en cuanto me avises que está allí. (Lía baja la cabeza.) ¿Qué te pasa? ¿Lloras?

LÍA. ¡Lloro de alegría!

PAUL. ¡Oh! ¡Cuánto celebro verte así!

LÍA. ¡Estoy loca de contento; pero no me atrevo á demostrar mi dicha en tu presencia!

PAUL. ¿Por qué?

LÍA. Porque mientras yo gozo, tú padeces y callas tus penas; lloras y ocultas tus lágrimas. Desde que Roger te sacó del agua aquella tarde y te trajo aquí... parece que el mal salió de mi alma para ocupar la tuya... ¡Oh! ama mia, querida... ¿Sufres quizás los secretos tormentos que mataban á tu hermana? (En este momento llaman á la puerta de la derecha.)

PAUL. (Aparte y turbada.) ¡Es él!

LÍA. ¿Llaman?

PAUL. (Con viveza.) ¡Déjame sola y corre á casa del abate Landry... díle que venga enseguida!

LIA. Voy... (A parte y asombrada.) ¿Quién estará ahí?... ¿Qué le sucede á mi ama? (Vase por la izquierda.)

## ESCENA IV.

PAULINA; luego FABIÁN.

PAUL. (Turbada.) ¡Allí está! (Señalando la puerta de la derecha.) ¡Yo le he llamado! ¡Madre adorada, sé indulgente como Dios, y perdona á tu hija! (Va á la puerta dudando y vacilando; la abre: se aparta y se sienta á la izquierda.)

FAB. (Con respeto y avanzando silenciosamente.) Señorita, desde que el Señor fué piadoso conmigo, permitiendo la milagrosa salvación de usted... vivo encerrado en mi cabaña guardando con avaricia en mi pecho un tesoro... tesoro misterioso... que el mundo ignora... porque el viento y la tempestad se encargaron de ocultar el secreto... Usted me hizo felíz, y sin quejarme de que haya olvidado aquel instante, yo la bendecía con toda mi alma... Mas la criolla está indignada con su debilidad de mujer... teme que el azar... una imprudencia... la coloquen frente á Fabián, obligándola á sonrojarse, y le llama hoy, quizás para suplicarle que se aleje y emigre de la Isla... creo que ni aún expatriándome conseguirá la criolla el sosiego que busca y si acudo á su casa es para decirla: «Nada tema usted... del pobre mulato... que si no puede olvidar, sabrá morir.»

PAUL. (Con ternura.) ¡Oh! ¡no! He mandado vender todos mis bienes: esta noche ya no poseo nada aquí; y mañana abandonaré la colonia.

FAB. (Asombrado.) ¿Se marcha usted? ¡Oh, imposible! No he de consentirlo. La patria es también una madre cariñosa para usted: la única que le queda, y no debe abandonarla. En cambio, para mí es madrastra, que me desprecia y escarnece. Si usted lo manda, viviré; y lejos de aquí, llevando en mi corazón, como depósito sagrado, el inefable consuelo que un día depositó en él Paulina.

Donde quiera que la suerte me envíe, habrá desgraciados á quienes socorrer; y á cuantos logre arrancar de la muerte, les diré: «¡Rogad por ella... ella os ha salvado!»

PAUL. (Levantándose.) Usted no partirá solo, Fabián.

FAB. ¿Cómo no?

PAUL. Al encontrarme en casa, arrodillada á los piés del retrato de mi madre, que parecía resucitar, amenazadora y terrible, tuve vergüenza: sentí no haber muerto aquella tarde... y pensé en el sutil veneno que suelen usar los negros...

FAB. ¡Oh!

PAUL. Fabián, no tema usted. El deseo de enterarse de mi salud, trajo al abate Landry; me atreví á confesárselo todo, y escuché de sus labios palabras de piadoso consuelo. El abate viene desde entonces, diariamente, para fortificar mi fe: lo ha conseguido, y hoy me encuentro completamente dispuesta á demostrarlo. Por eso he llamado á usted. Yo dije á Fabián: «¡te amo!» y desde aquel punto era suya. ¡Muerta hubiera sido su esposa, ante Dios... Viva, debo ser su mujer ante los hombres!

FAB. (Sorprendido.) ¡Mi esposa! ¡La Condesa de la Renier esposa de Fabián!

PAUL. Sí, de Fabián, á quien dijo te amo.

FAB. ¡No... no puede ser! ¡Yo su marido! ¿Cómo he de aceptar ese sacrificio, si aún ve usted levantarse airada la sombra de su madre, fulminando anatemas espantosos?

PAUL. ¡Madre mia!

FAB. Las paredes que nos oyen contemplaron en usted á la niña candorosa y luego á la mujer de altiva y noble estirpe; en mi á Fabián, el miserable esclavo. Nada importa, que bajo mi pecho lata un corazon digno de usted. Este pecho es de otra raza: la mano que la ciencia y la práctica hizo hábil, esta mano que cura y sana .. mírela usted; esta mano, es la mano de un mulato. (Lia aparece por la derecha, á su vista procura Paulina contener la turbacion.)

LIA. El abate Landry espera.

PAUL. Está bien. (Indica á Lia que se vaya.)

FAB. ¿El abate? (Asombrado.)

PAUL. Ese santo varón está en mi oratorio, rogando por nosotros. Ahora nos bendecirá y seré tu esposa... Fabián, cuanto amaba en el mundo ya no vive; el único ser querido que existe hoy para mí eres tú, y tuya seré, con todo mi corazón.

FAB. Dios mio, desde que nací vivo padeciendo; pero todos los tormentos imaginables no bastan á pagar la dicha que me envias. Tú, sin duda, permites que la acepte cuando me dejas sin ánimos para rechazarla...

PAUL. Ven Fabián; el sacerdote nos aguarda.

FAB. (Cayendo de rodillas.) ¡Eres un ángel! ¿Crees que mi amor puede elevarme hasta tí? ¡Oh! Paulina, dueño mio; yo te juro que este amor ha de ser un culto, una idolatría. ¡El infeliz mulato siempre te querrá... pero adorándote como el marino adora á la Vírgen... como el huérfano el recuerdo de sus padres! (Paulina levanta á Fabian, cuyas manos estrecha bondadosa; le indica la puerta de la derecha y cogidos de las manos, salen por ella, dando Fabian muestras de respetuoso cariño.)

## ESCENA V.

EL CONDE, un criado; después BARBANTANO.

CONDE. (Hablando muy alto al criado en el foro.) Las puertas de esta casa no han de estar cerradas más tiempo para mí. Si la Marquesa no puede recibirme ahora, aguardaré; pero díle á mi prima que vengo resuelto á no salir de aquí sin verla. (Se oye hablar también alto y dentro á Barbantano.) Ves, ya debe recibir visitas, cuando suena por ahí el señor de Barbantano, que seguramente no habrá entrado por el ojo de la llave.

BARB. (Entrando por la izquierda.) Claro que no: yo entro en todas partes por la puerta principal.

CONDE (Riéndose.) Justo, por la puerta más grande.

CRIADO. Perdonen los señores, si he tratado de cumplir órdenes terminantes de la señorita.

CONDE. ¿Querrá V. creer que llevo un mes de no ver á mi prima? Hoy no le vale ocultarse; salgo esta noche para Francia en un buque de guerra, que acaba de llegar, y vengo á despedirme de mi hermosa invisible.

BARB. (Que no hace gran caso de lo que dice el Conde, examina con mirada escudriñadora cuanto le rodea y dice al criado.) Por mí no molestes á la señora... que yo me entretendré en continuar mi examen hasta que se presente. (Vase el criado Aparte.) ¡He visitado las dependencias de esta hacienda y el negocio es magnífico! (Al Conde.) ¿Con que se marcha V.?

CONDE. Sí, ya hace ocho días que recibí noticia oficial de mi indulto; parece que el esposo de marras, convencido por su mujer de que vió visiones, me perdonó, y espera á que yo vaya para darme cumplida satisfacción de los agravios que me hizo y destierro que padezco.

BARB. Eso se llama tener suerte. ¿Estará V. entusiasmado con dejar la colonia?

CONDE. No tanto como debía, pues me separo de Paulina á quien amo... con todas la fuerzas que pueden dejar á un individuo el insoportable calor de este país. Pronto tendrán ustedes otro Gobernador, pues con mi indulto vino también la orden relevando á mi cuñado; y yéndose Aurelia, queda sola Paulina, lo cual siento mucho.

BARB. Quién sabe lo que hará Paulina; me parece que no piensa dejar los huesos aquí.

CONDE. ¿Qué dice usted?

BARB. Nada... no he dicho nada. (Queriendo recojer velas.)

CONDE. ¿Sabría Paulina mi marcha?

BARB. ¡Es posible!

CONDE. Ah, entonces ya comprendo su aislamiento; trata de ocultar el dolor que le causa mi ausencia y por eso se esconde.

BARB. (A media voz.) Podría sacar á usted de dudas, pero me recomendaron el secreto hasta la noche, y...

CONDE. ¿El secreto? ¡Hombre, dígame usted lo que sepa!

BARB. ¡Lo sé todo!...

CONDE. ¿Sí? ¡Pues hable usted! (Con viveza.)

BARB. No: he prometido ser mudo al notario...

CONDE. ¿Al notario? ..

BARB. Claro, al notario, ante quien he de firmar la escritura de venta... y entonces podré decir lo qne sé.

CONDE. Ya estoy al cabo; Paulina lo vende todo, porque no puede soportar la marcha de sus parientes y va á establecerse en Francia. ¿Verdad que acerté, mi querido Barbantano?

BARB. (Muy hueco de que le trate asi el Conde.) ¡Amigo Conde; veo que tiene usted mucha penetración!

CONDE. (Alegre.) Soy el más dichoso de los hombres.

BARB. (Idem.) Y yo el más afortunado de los colonos.

CONDE. (Idem.) ¡Paulina me ama!

BARB. ¡Seré riquísimo!

CONDE. Tiene mi prima muchos encantos.

BARB. 1.297 negros y negras, sin contar las fracciones. (Señala la altura de niños pequeños, é indica con algún disimulo que hay negras embarazadas.)

CONDE. ¡Parece un sueño!

BARB. ¡Es un negocio redondo!

CONDE. ¡Corro en busca de mi hermana á decirle que Paulina se embarca con nosotros! (Va á salir y aparece Lia por el foro.)

## ESCENA VI.

DICHOS —LIA, después AURELIA.

LIA. La señorita Aurelia.

CONDE. (A su hermana que entra.) ¡Bravo, así no tengo que buscarte!

AUR. (Entra muy contenta con un papel en la mano.) ¡Paulina! ¿Dónde está Paulina?

LIA. En el oratorio con el Abate Landry.

AUR. ¡Mejor! Así tendremos lugar para ponernos de acuerdo. ¡Pobre Paulina! ¡Cómo gozo pensando la alegría que va á recibir!

CONDE. ¿Qué pasa?

AUR. ¡Un suceso increible! Casi inverosímil, y á no haber leido y releido esta carta, creería que soñaba.

CONDE. ¿De dónde es la carta?

AUR. De Francia. Aunque dirigida á Paulina, venía abierta, y para mayor seguridad dentro de unos despachos oficiales que acaba de entregar á mi marido el capitán del barco de guerra.

BARB. ¿Del que llegó hará dos horas?

CONDE. ¡Sí, no hay otro de guerra en el puerto! (A su hermana.) Bueno, y ¿quién escribe á mi prima?

AUR. Su madre.

TODOS. ¡La Marquesa de la Reiner!

BARB. ¿La escribiría antes de morir?

AUR. Mi tía vive.

CONDE. ¿Qué dices?

LIA. ¡Dios mío! (Con alegría.)

BARB. ¡No puede ser! (Mal humorado.)

AUR. La fragata se fué á pique en efecto, pero se salvaron en dos botes mi tía y varias personas. Las tomó á bordo un buque inglés y tuvieron que navegar en este barco por la América del Sur, que era su derrotero, hasta que al fin los dejó en Francia, hace cuatro meses.

BARB. ¡Pobre señora! (Aparte.) ¡Adiós mi compra!

AUR. Mi tía dice que el rey la hizo justicia completa, y que para mayor orgullo de nuestra familia no le permite volver y la ha nombrado dama de la reina. Envía á mi esposo un documento, por el cual autoriza á Paulina para vender cuanto poseen, y encargo de que se vaya á Francia con nosotros.

BARB. (Aparte.) Por fin, haré mi negocio. (Alto.) ¡Qué felicidad tan inesperada!

AUR. La alegría de mi prima será inmensa: debemos darle la noticia con precaución, y espero que ustedes me ayuden á prepararla.

BARB. ¡Sí, que las resurrecciones, no son cosa frecuente!

LIA. ¡Qué dicha para mi ama! (Mirando á la puerta.) ¡Me parece que viene!

AUR. ¡Y no hemos pensado nada!

BARB. Creo que tengo una idea. (Con misterio.)

AUR. ¡Dígala usted!

CONDE. ¡Cuidado que no se le escape! (Se retiran hablando bajo, hacia el foro izquierda.)

## ESCENA VII.

DICHOS y PAULINA.

PAUL. (Abre por completo la puerta de la derecha y entra andando hacia el proscenio sin reparar en los otros.) ¡Casada! ¡Ya estoy casada con Fabián! Pobrecillo; cuánta felicidad revelaba su rostro al recibir del Abate copia de la partida de casamiento, que acredita para siempre nuestra unión!

CONDE. (En el fondo á Barbantano.) ¡La idea de usted no tiene sentido común!

BARB. Eso mismo creo yo...

PAUL. (Volviéndose.) ¿Cómo? ¿Estaban ustedes ahí?

CONDE. Perdona primita, que sin respetar tus órdenes, hayamos entrado hasta aquí; pero cuando viene uno á comunicar la dicha...

LIA. ¡Sí, ama mía!

PAUL. (Mirándolo.) No os comprendo.

AUR. Querida Paulina, tú eres buena hija, y has soportado durante diez y ocho meses con resignacion cristiana la pérdida de tu madre.

BARB. (Bajo.) ¡No se precipite usted!

CONDE. (A Aurelia) ¿A qué traer ese recuerdo á la memoria de Paulina?

PAUL. Oh, ese recuerdo no se aparta de mi memoria, ni se apartará jamás. Habladme, Aurelia, de mi madre cuanto quieras, que yo la recuerdo despierta y sueño con ella dormida. Los seres que tanto se amaron no se olvidan nunca.

LIA. (Con intención.) ¡Los sueños suelen ser, revelaciones del cielo!

CONDE. (Bajo.) Bien dicho.

BARB. (Id. y aprobando.) También yo lo hubiera dicho así.

AUR. A veces, lo que consideramos como una desgracia real, puede ser una prueba á que Dios nos somete.. ¿No viste á tu madre, en sueños, lle-

gar á tierra extraña... y puesta de rodillas dar gracias al Señor, por no haber permitido que su hija quedara huérfana?

PAUL. (Llorando.) No: siempre la contemplé moribunda y extendiendo los brazos hacia mí!

AUR. ¿No soñaste nunca, que estaba en Francia, y que te escribia diciendo: «Me he salvado; vente conmigo.»

PAUL. ¡De haber soñado eso el despertar hubiese sido terrible!

AUR. Pero si el sueño fuese una realidad...

PAUL. ¿Qué dices?'

AUR. ¡Calma, prima, calma!

PAUL. ¡Dí, Aurelia, acaba por favor! ¿Supones que mi madre!..

AUR. No lo supogo, sé que tu madre vive.

PAUL. (Cayendo de rodillas.) ¡Vive! ¡Dios bondadoso! (Llora de alegria.)

AUR. Toma, y lee su carta.

PAUL. (La examina y besa la firma.) ¡Suya es! ¡Ah, madre mía! ¡Dios no consentirá que yo muera de contento, antes de abrazarte! (Levantándose.) Lía, llama á todos los servidores, que vengan á disfrutar conmigo dicha tan inesperada; juntos daremos gracias á Dios por su infinita misericordia. (Vase Lia por el foro.)

PAUL. Tú, Aurelia y todos ustedes muéstrenme su alegría, para asegurarme de que ni sueño, ni estoy loca. (Abraza á Aurelia, da las manos á el Conde y á Barbantano llena de contento. Entra Lia y tras ella gran número de servidores y esclavos de ambos sexos.)

## ESCENA VIII.

DICHOS.—CRIADOS.—NEGROS.—Después FABIÁN.

PAUL. (A todos.) Amigos míos, ya no tenemos luto en esta casa: y para solemnizar el inmenso júbilo, declaro libres á cuantos esclavos tengan hijos y vivan separados de ellos. Dios me devuelve á mi madre, y yo devuelvo sus madres á esos hijos abandonados.

TODOS. ¡Viva niña Paulina!

BARB. (Aparte.) ¡Y yo voy á perder lo menos 200 madres!

PAUL. Esta carta es de vuestra señora, que me escribe desde Francia. (Va enseñando la carta á los servidores )

FAB. (Que entró cuando Paulina esta enseñando la carta. Aparte.) ¡Cuánta gente! ¿Qué ocurrirá?

PAUL. (Viendo a Fabian) Fabián, soy dichosa! Mi madre existe!

FAB. (Con espanto.) Existe la Marquesa! (Fabian arruga la fé de casamiento que trae en las manos. Paulina se asombra primero de los movimientos de Fabian: y después, como recordando súbitamente, retrocede aterrorizada).

PAUL. ¡Ah!

TODOS. ¡Qué le sucede!

PAUL. (Aparte y con la expresión necesaria). !Me había olvidado de todo! (Queda abatidísima.)

CAE EL TELÓN.

# ACTO QUINTO

Sala pequeña. Palacio de la Marquesa de la Reiner, en París, ricamente amueblado. En el foro, puerta grande que da á una galería. A derecha é izquierda de esta puerta una ventana. Puertas laterales, y en el costado que más convenga, un armarito guarda joyas, elegante. En el otro costado consola y espejo. Sobre la consola una campanilla, cordón de otra en la puerta del foro. Sofá grande á la derecha. A la izquierda sillón; otros en diferentes sitios.

## ESCENA PRIMERA.

MAYORDOMO.—CRIADO; luego ANDRÉS, después FABIÁN. Entran por la izquierda el Mayordomo y el Criado.

MAY. No me gusta la gente perezosa; con que á cumplir con tu obligación, que la señora Marquesa y su hija volverán pronto de Versalles.

CRIADO. La señorita Paulina es muy simpática.

MAY. Ya lo creo. Hoy se presenta por primera vez en la corte de Luis XVI.

CRIADO. Parecerá una reina al lado de tanta señorona orgullosa...

MAY. Anda á trabajar.

CRIADO. Voy. (Se dispone á salir y encuentra á Andrés, que está en la puerta del foro.) ¿Qué se le ofrece?

AND. ¿Podré ver al Doctor?

MAY. Este es el palacio de la Marquesa de Reiner. Ha equivocado usted la puerta, amigo. (Vase el

Criado que deja la puerta abierta y Andrés entra.)

AND. No señor, vive aquí.

MAY. ¿Quién?

AND. El Doctor: un hombre muy cariñoso... y más bueno que el pan... Vengo á darle las gracias, porque ha curado á mi madre. Mire usted, caballero, días pasados atropelló á mi pobrecita vieja el coche de un gran señor: la llevaron al Hospital; los médicos de servicio decían que no tenía remedio; la abandonaron como cosa perdida; y hubiera bajado al hoyo, si el Doctor, que no cobra sueldo ninguno en aquel establecimiento, y va sólo para estudiar, no la socorre. En mi barrio no quieren otro médico que él; acude enseguida á los enfermos, y cuanto más pobres son, más los atiende. ¡Si viera usted las bendiciones que de todos recibe ese Médico negro!

MAY. (Riéndose.) ¡Echan bendiciones á Fabián!

AND. ¡Ah! ¿Se llama Fabián?

MAY. (Con desdén.) Sí, ese es el nombre del mulato que se trajo la señorita, para enseñarlo como una curiosidad africana. (Aparece Fabián en el foro, vestido a la francesa, con espadín, y deja el sombrero en un sillón, á la derecha.)

AND. ¡No consiento que delante de mí se burle nadie del señor Fabián! ¡Porque lo mismo mato, que me dejo matar por él!

FAB. (Tendiendo la mano á Andrés.) ¡Tienes un corazón hermoso!

AND. (Yendo hacia Fabián.) ¡Ah! ¿Es usted? (Le besa la mano.)

MAY. (Con ironía y yéndose.) Verás la que le espera á Fabián cuando la policía averigüe que se mete á curandero. (Vase.)

## ESCENA II.

FABIÁN. — ANDRES.

AND. (Amenazando al Mayordomo.) ¡Señor Doctor! ¿Per-

mite usted que hable así esa momia empolvada?

FAB. (Con calma.) ¿Y tu madre?

AND. Buena del todo... me manda que vea á usted... ella no se atreve... le da vergüenza...

FAB. ¿Vergüenza?

AND. Sí, señor, porque como todos vivimos de nuestro oficio... y no estudia un hombre medicina para ejercerla siempre por caridad... nos da reparo no poder pagar á usted lo que se merece... y trabajando mucho, sólo he llegado á reunir este poco dinero... (Muy avergonzado se lo ofrece.)

FAB. Yo lo acepto; pero consérvalo en depósito, para utilizarlo en vosotros, si os hace falta, ó para socorrer á otros pobres más necesitados que vosotros.

AND. Lo repartiré entre los pobres en nombre de usted.

FAB. O en nombre de tu madre.

AND. Así lo haré. Adiós, señor Fabián... no olvide usted nunca á Andrés. Dentro de unos meses vuelvo con mi madre á Bretaña, donde nacimos. Allá tengo un hermano y quiere que vayamos á vivir con él.

FAB. Dicen que la costa de Bretaña es muy bonita.

AND. Pues en aquella costa tenemos una casa humilde; pero la mejor habitación, y toda nuestra pobreza, se la ofrezco con el alma; si algún día pasase usted por allí, nos honraremos en servirle. (Estrecha y besa la mano de Fabián.) ¡Adiós, señor Fabián! (Vase.)

## ESCENA III.

FABIAN, solo.

FAB. (Se sienta á la izquierda y concluye de leer una carta que traía abierta en la mano.) «Sí, Fabián, soy dichosa al lado de Roger, de mi marido, cuya familia me acoje con tanto cariño como él. Contésteme usted pronto, para decirnos que también usted es feliz.» (Doblando el papel, que guarda, dice con ironía:) ¡Sí, Lía, sí! habito en su-

tuosa morada. Soy un huesped extraño; un lacayo de la señora marquesa de la Reiner. ¡Qué honor tan grande! ¡Me sirve en mi cuarto otro lacayo como yo! ¿Qué más quiero? ¡Ciertamente, también yo soy muy dichoso! (Cambiando de tono y levantándose ) ¡Dios de misericordia! ¿quién me da ánimos para vivir con tanta paciencia y resignación? Seis meses llevo de este modo, y mi energía no se ha desatado aùn para gritar al mundo entero. ¡Esa mujer que rodeais de atenciones y de galantes agasajos... me pertenece!... Callo y sufro... y paso la mayor parte del día entregado á mis estudios, buscando olvidar mi horrible situación. Unicamente veo á mi esposa y cambio con ella alguna palabra cuando sale en coche con su madre... si se presenta un extraño, tengo que alejarme, llevando en premio de mi resignación una sonrisa de Paulina, ó una lágrima... ¡Soy un cobarde! ¡Soy un miserable! (Se oye el ruido de un coche y corre á la ventana de la derecha, que abre.) ¡Ella es! (Con alegría.) ¡Voy á verla! ¡Voy á verla! ¡Hé aquí el secreto de mi resignación!

## ESCENA IV.

FABIAN, PAULINA y EL CONDE.

(Abre un lacayo la puerta del foro de par en par, y entra El Conde, dando la mano á Paulina. Ambos vienen en traje de corte; y ninguno de los dos repara en Fabian, que está apartado.

FAB. (Aparte.) ¡Siempre este hombre con ella! (Pasa á la izquierda y permanece en el foro.)

COND. (En el proscenio.) ¿Es posible prima, que no hayamos logrado ver la sonrisa en tus labios, ni con el recibimiento cariñoso que acaban de hacerte nuestros monarcas? Pues tu madre y yo venimos entusiasmados... ¿No reparaste cómo nos miraba la reina á tí y á mí?... Sin duda comprendió algo que no sé disimular estando á tu lado y...

PAU. Mi madre dijo que te esperaba en sus habitaciones...

CONDE. Me olvido de todo cuando estoy cerca de tí. (Aparte.) Sigue fría y desdeñosa... ella que emprendrió el viaje por mí... ¡No acabo de entenderla! (Alto.) Hasta luego, querida prima... y ten presente que solo pienso en Paulina. (Intenta besarle la mano; ella lo evita; él hace un jesto de disgusto, se vuelve para salir y ve á Fabian.) ¡Ah! ya... ¡estaba usted aquí!

PAU. (Sorprendida.) ¡Fabián!

COND. ¡Nada menos que en las habitaciones de la señorita! Cómo se conoce que no está usted en la Isla de Borbón, y que vamos camino de la igualdad, según pretenden las gentes del tercer estado... (Aparte.) ¡Me preocupa este hombre (Alto.) Supongo que vendrá usted á recibir algún recado de la señorita; otra vez pida usted permiso para entrar, amigo mío; que si en Francia no se estilan los esclavos, tenemos aún lacayos. (Vase.)

## ESCENA VIII.

FABIÁN y PAULINA.

FAB. ¡Dice bien; sí, es esclavo aquí; allí lacayo!

PAUL. (A media voz y en ademán suplicante.) ¡Pero el esclavo y el lacayo es mi marido y mi amante! Para Dios que lo sabe y para mí que le adoro, es un alma grande y noble. ¡Tienes derecho para mostrarte orgulloso! ¿Pues qué, no guardas la partida de casamiento firmada por un ministro del Señor, donde se prueba que el esclavo y el lacayo es mi legítimo dueño?

FAB. Tu madre creerá que ese matrimonio, contraído secretamente, puede romperse de un abanicazo. (Bruscamente y sacando la fe del bolsillo.) ¡Pero si este papel no labra nuestra verdadera dicha, servirá para vengarme de tanta humillación!

PAUL. (Con calma.) Busca enhorabuena á mi madre, enséñale el documento y díle: múerase usted de vergüenza, señora; porque Paulina ha cambiado

su apellido por el de Fabián. ¡Hazlo; yo te perdono desde luego; pero mi madre maldeciría la memoria de su hija!

FAB. (Turbado.) ¿Qué dices?

PAUL. En aquel mueble conservo el veneno que el abate Landry apartó de mis labios. Pues bien; estoy dispuesta á no sufrir más. La diferencia de castas y las de clase tienen para mi madre más poder que la religión. Revélale nuestro matrimonio y así toda angustia terminará con mi muerte.

FAB. (Asustado.) ¡Oh, Paulina! ¡Perdóname! Sufro tanto... Soy tan desgraciado... Nada temas; continuaré soportando con resignacion la desventurada suerte, los agudos dolores que destrozan mi alma y hasta los celos que me devoran.

PAUL. (Con bondadosa reconvención.) ¡Oh, Fabián, tienes celos!...

FAB. ¡Estoy loco! ¡Nunca entró la duda en mi corazón!... ¡Si dudase de tí, ya me hubiera muerto! Te prometo tener calma y confianza; veré que asistes uno y otro día á las fiestas y saraos donde tantas seducciones te rodean .. Si tu madre me dirige mayores insultos, si me ultraja... no verás desplegarse mis labios. Consiento que te acompañe el Conde, ese hombre que nunca se aparta de tí y que te ama. Hasta le veré, como hace poco, aproximar su boca á esa mano que es mía... todo... todo eso soportaré tranquilo en la apariencia... pero el veneno que encierra ese mueble me lo vas á entregar.

PAUL. (Con firmeza.) No.

FAB. ¡Dame la llave! (Va al mueble é intenta hasta romperlo.) Yo tendré el veneno, aunque necesite hacer pedazos ese mueble!

PAUL. (Corriendo á la puerta del foro, cuyo cerrojo echa.) ¡Alguien viene! ¡Calla, ó me pierdes para siempre!

MARQ. (Dentro.) ¡Soy yo, Paulina! ¡Abre!

PAUL. ¡Mi madre! ¡Te encontrará encerrado en mi habitación!

FAB Me arrojaré por la ventana.

PAUL. ¡No! (Deteniéndole.) ¡Entra allí y sal por la puerta de escape!

FAB. (Yéndose por la puerta de la derecha.) ¡Te obedezco! (Vase.)

PAUL. (Abriendo.) ¿Eres tú, madre mia?

## ESCENA VI.

PAULINA y la MARQUESA.

MARQ. (Mirando á su alrededor.) ¿Estás sola?

PAUL. (Turbada.) ¡Sí... sola!

MARQ. Tu primo me dijo que había dejado á Fabián aquí.

PAUL. Cierto... (Titubeando.) Vino á enterarme del estado de un enfermo pobre, á quien visita por encargo mío.

MARQ. (Con altivez.) Veo que hasta te turbas, procurando justificar la estancia de Fabián en tu habitación... y quiero evitar que en lo sucesivo te veas obligada á darme semejantes explicaciones. Mañana abandonará Fabián esta casa.

PAUL. ¿Le arrojas?

MARQ. Le envio á la colonia de donde no debió salir nunca. Allí encontrará su porvenir asegurado; pues trato de recompensar largamente los buenos servicios que nos prestó. Y ahora hablemos de lo que nos interesa. (Con júbilo.) Aurelia está en mi cuarto: se quedó en Palacio cuando nosotras salimos, autorizada por mí para enterar á los reyes de mis proyectos acerca de tu boda con el Conde, y viene á decirme que Sus Majestades aprueban el matrimonio y se prestan á ser vuestros padrinos.

PAUL. ¡Esos proyectos no pueden realizarse!

MARQ. (Asombrada.) ¿Cómo?

PAUL. ¡Sea cual fuere el marido que me destines, no he de casarme!

MARQ. (Con firmeza.) Hija mía, no puedo ceder á tus caprichos, ni á una loca é inexplicable resolución. Quiero morir segura de que dejo á mi hija el amparo de esposo digno de ella, y que sabrá de-

fenderla contra la varia fortuna que pueda caberse enmedio de los disturbios y trastornos populares que amenazan diariamente á la aristocracia Ningún hombre, sino tu primo, merece mi confianza, y serás su esposa. (Viendo que Paulina permanece inmóvil, con mayor firmeza.) ¡Repito que serás su esposa! ¡Lo juro por la memoria de tu padre! (Va á la consola donde está la campanilla, y llama.)

PAUL. (Aparte) !Ah, Dios mío, tú quieres que yo muera!

MARQ. (Al Mayordomo que entra.) A Fabián que venga. (El Mayordomo se dispone á salir y la Marquesa le detiene diciéndole.) Diga usted á la condesa Aurelia y á su hermano, que les aguardamos aquí, y si vienen visitas que entren en esta sala. (Vase el Mayordomo. La Marquesa se sienta y dice á su hija.) Ya sabes que desde ahora has de recibir al Conde como futuro esposo. (Paulina se arrodilla ante su madre, llora y le besa las manos.) No intentes hacerme cambiar de resolución, pues tu resistencia y tus lágrimas serán inútiles.

PAUL. (Llorando.) Madre mía, el cielo es testigo de que mi único deseo fué consagrarte mi vida entera. Solo pedía vivir en tu corazón y siempre á tu lado... pero me rechazas ..

MARQ. Te entrego en brazos de un esposo.

PAUL. (Llorando.) Antes que tu voluntad nos separe te suplico que me mires como cuando era niña y buscaba en tu regazo y en tus ojos mi dicha y mi alegría .. ¡Bendíceme, madre adorada, como entonces!

MARQ. ¡Te bendeciré cuando estés al pie del altar con tu marido!

PAUL. (Aparte y con resolución) ¡Mañana no tendrás hija!

(Abre la puerta el mayordomo.)

MARQ. Serénate: viene gente.

## ESCENA VII.

DICHOS, AURELIA, EL CONDE, nobles de ambos sexos.

MAY. (Anunciando desde la puerta del foro.) La condesa

de Mesnil, el marqués de Frenay, la duquesa de Villers! (Van entrando los personajes nombrados y algunos más, con Aurelia y el Conde. La Marquesa saluda á todos, que van tomando asiento, y Paulina también los saluda, conteniendo su emoción.)

AUR. Por fin se verán realizados nuestros proyectos. (A Paulina.) Por fin tendré el gusto de llamarte hermana. (Se acerca á las damas, que estarán sentadas á la derecha.)

PAUL. (Aparte.) ¡Dios mío, dame valor!

CONDE. ¡Soy el hombre más feliz de la tierra! Gracias tía, por la distinción que le merezco... Juro ser digno del tesoro que me confían. (Besa la mano de la marquesa y se acerca á Paulina, que permanece inmovil.) (Aparte.) ¡Ni siquiera me mira!

MAY. (Entrando.) Señora marquesa, Fabián está ahí, esperando las órdenes de V. E.

PAUL. ¡Fabián!

CONDE. (Aparte.) ¡Se altera al escuchar su nombre! (Está de pié, cerca de la marquesa y á la izquierda.)

MARQ. Que espere.

AUR. (A la Marquesa.) Diga usted á Fabián que entre. Desde que vinimos apenas le he visto, y estas señoras, á quien he hablado mucho del médico negro, desean conocerle.

MARQ. No me parece bien un hombre de su raza en nuestros salones.

AUR. (Riéndose.) Descuide usted, que nadie lo sabrá en la isla de Borbón; y tampoco está presente el señor de Barbantano. (Insiste por lo bajo.)

PAUL. (Aparte.) ¡Si le humillan en público no podrá contenerse!

CONDE. (Aparte.) Continúa sobresaltada... como antes... y como siempre que se trata de Fabián... ¡Yo sabré hasta dónde llega su interés por ese hombre! (Alto.) Tía, uno mis ruegos á los de Aurelia, y no por capricho, pues recuerdo una deuda que tengo con Fabián..

MARQ. ¿Tú?

CONDE. ¡Sí, una deuda de honor!

MARQ. Ya que mostrais tanto empeño... (Al Mayordomo.) Diga usted á Fabián que entre.

PAUL. (Aparte.) ¡Oh! (Aurelia se sienta al lado de Paulina.)

CONDE. (Riéndose.) ¡Cualquiera diría que nos van á presentar un embajador!

## ESCENA VIII.

DICHOS y FABIAN.

FAB. (Entra, y al ver tanta gente, se para, titubea y avanza por fin obedeciendo á una señal de la Marquesa.) El Mayordomo dice que la señora Marquesa me ha llamado...

AUR. (A las damas por lo bajo.) ¿Qué les parece á ustedes?... Bien, ¿verdad?

MARQ. Fabián, vas á partir...

AUR. (Asombrada.) ¡Sí! ¿Dónde vá?

MARQ. A la isla de Borbón.

FAB. (Con viveza.) ¡Yo!... (Una mirada de Paulina le contiene.)

CONDE. (Por Paulina aparte.) ¡Cómo le mira!

FAB. (Con resignación.) ¿Y cuándo he de marchar, señora?

MARQ. Mañana: mi administrador tiene orden de entregarte lo necesario para que vivas en la isla con holgura. Puedes retirarte.

CONDE. Aún no, tía; y suplico á usted que detenga la partida de Fabián. (Indica á Fabian que avance hasta su lado.) Ya no estamos en Africa; soy agradecido y quiero reconocer en público lo que hizo usted por mí, repitiéndole el convite de entonces. Deseo que no se vaya usted sin asistir á mi boda con Paulina. (Mira á Fabián y Paulina con intención.) Retardaré poco su viaje, porque nos casamos dentro de tres días. (Fabián hace un movimiento. Paulina se levanta al punto, y sin dejarle de mirar se aproxima al armarito donde tiene el veneno, apoyando la mano sobre el mueble que abre. Fabián reconcentra todas sus fuerzas y se calla. Aparte y sin dejar de mirarlos.) ¡Oh, yo os obligaré á descubrir el significado de este enigma!

AUR. (Desde su asiento á la Marquesa.) Tía, usted con-

cederá permiso á Fabián .. (A Fabián.) Doctor, ¿no da usted las gracias á mi hermano?

CONDE. (Con irónica sonrisa.) ¡Ah, comprendo la actitud de Fabián! .. Se declara mal profeta... Siente haberse equivocado, porque un día aseguró que era imposible todo matrimonio de Paulina.

MARQ. ¡Fabián!

CONDE. Sí, tía. Habló así temiendo perder el apoyo de Paulina, que, sin duda, consideraría manantial inagotable de fortuna y distinciones nunca merecidas por él entre gentes de nuestra raza. (Con intención y mirando á Paulina.) Supongo que no haya otro motivo... mas temo que la irreflexiva y quizás exajerada protección de Paulina, sea fatal para el doctor.

AUR. ¿Por qué?

CONDE. (Con insolencia.) Como se vuelve á la isla de Borbón, tendrá que despojarse de ese disfraz de caballero, que, si entre nosotros parece extraño, constituiría en aquel país un insulto á la raza blanca, digno de castigo... Tendrá, sobre todo, que renunciar á la espada, prenda que no servirá al pobre mulato ni para defenderse del látigo de un negrero.

PAUL. (Siempre mirando á Fabián, lanzando un grito de angustia.) ¡Ah!

CONDE. (Aparte y colérico.) ¡Ya no dudo: ella le ama!

AUR. ¿A qué viene esa crueldad con Fabián?

CONDE. (Con altaneria.) La crueldad no es mía, es de la suerte que coloca á cada hombre en su puesto. Fabián está pagando muy caro las ilusiones que alguien con imprudente benevolencia hizo brotar en su cerebro... Sufre porque ni puede olvidar lo que fué ni lo que es ahora mismo... Repara si no como busca el puño de la espada, con esa mano marcada, aun por la cadena de la esclavitud, y que solo sabría esgrimir el puñal alevoso!

FAB. (Estallando de rabia.) ¡Ah! (Lleva la mano á su espada: la saca y rompe con las manos arrojando con rabia los pedazos: despues de esta accion que no pudo reprimir, pierde el equilibrio: lleva las manos

al rostro, que se inunda de lágrimas. Movimiento de ansiosa espectación por parte de todos.)

CONDE. (Viéndole llorar y con desprecio.) ¡Bah!

AUR. (Que se levantó y está colocada entre Fabián y su hermano.) ¡Pobre Fabián! ¡El desdichado llora!

PAUL. (Levantándose, arroja con fuerza su abanico al suelo) ¡Oh! soy infame y cobarde. Lanzándose al lado de su madre, le dice con voz ahogada por la cólera y las lágrimas.) ¡Qué todos se vayan! ¡Tengo que hablarte!

MARQ. (Levantándose.) ¡Qué agitación!

PAUL. (Bajo.) ¡Por piedad: que se vayan!

MARQ. (Bajo.) ¡Me asustas! (Alto y apartándose de Paulina.) Perdonen ustedes, amigos míos; pero mi hija se ha puesto mala...

CONDE. (A Paulina.) ¿Qué tienes? (Se vuelve asombrado del aspecto y silencio de Paulina.) (Todos se disponen á marchar.)

MARQ. ¡Adiós señores! (Al Conde.) Vuelve mañana. (Vanse todos.)

CONDE. (Aparte y colérico.) ¡Si me has rebajado prefiriendo ese indigno rival, te devuelvo insulto por insulto, querida prima! (Alto.) ¡Vamos Aurelia! (Da la mano á su hermana y sale lanzando al trasponer la puerta una despreciativa mirada á Fabián, que se dispone á seguirle.)

## ESCENA IX.

MARQUESA, PAULINA y FABIÁN.

PAUL. (Deteniendo á Fabián y cerca de él.) ¡Detente!

PAUL. (A su madre que demostrará asombro.) ¡Arrojando á Fabián de esta casa, me arrojas á mí, porque tengo el deber de seguirle!

MARQ. ¿A Fabián?

PAUL. (Con energía.) ¡Sí!... ¡amo á Fabián!

MARQ. ¡Oh!

PAUL. (Muy resuelta.) ¡Soy su mujer!

MARQ. (Anonadada cae sentada en un sillón.) ¡Mi hija esposa de Fabián!

PAUL. (A Fabián.) ¡Levanta esa frente, pobre mártir! Dios que te concedió la resignación, me ha dado al fin valor para arrostrarlo todo!

MARQ. ¡Imposible, Paulina, tú me engañas!

PAUL. ¡Madre mía, estoy resuelta á no consentir que agravien de nuevo á mi marido!

MARQ. (Levantándose airada con actitud de maldecirla.) ¡Tu marido! ¡Desdichada! (Paulina se hinca de rodillas.)

FAB. (Colocándose entre ellas.) Deténgase usted, señora... ¡Dios no escuchará su maldición, que sería un sacrilegio! Esta mujer qne se humilla y llora es pura como los ángeles. Me ama aunque soy un mísero esclavo, porque expuse mi vida al salvar la de su padre. Tenía vergüenza de amarme porque somos de distinta raza, y fué preciso que llegara el instante supremo de la muerte para declararme su secreto.

MARQ. ¡Anularé ese matrimonio!

FAB. (Con energía.) ¡Anularlo! ¡Nadie tiene poder para ello! ¡Y ahora llame usted á sus criados, que yo les obligaré á que abran paso al marido de Paulina! Que venga también el Conde á escarnecerme; ya no necesito romper espadas y le haré pedazos entre mis manos, diciéndole al mismo tiempo: ¡Muere da celos y de rabia, tu prometida es mi esposa!

MARQ. ¡Recurriré al rey y á los tribunales!

FAB. En Francia no hay esclavos. Soy libre, y la ley que ampara y proteje, se hizo lo mismo para mí que para usted.

MARQ. (A su hija.) ¡Oyes á este hombre decidido á proclamar nuestra vergüenza! ¡Eres una infame, y si tu padre viviese, te querría antes muerta que deshonrada!

PAUL. (Corre al mueble que dejó antes abierto y coje un tarrito que habrá dentro.) ¡Pues que mi padre me juzgue! ¡Voy á reunirme con el!

FAB. (Se lanza tras Paulina, le quita el tarro y lo tira por la ventana.) ¡Paulina!

PAUL. (Cayendo de rodillas ante Fabian.) ¡Oh, no podré vivir maldita por mi madre!

MARQ. ¡Qué dices!

FAB. Paulina intentaba envenenarse, para no escuchar la maldición de usted.

MARQ. ¡Oh! (Vuelve á caer sentada y se cubre la cara con las manos.)

FAB. (Mirando con amor á Paulina, que permanece de rodillas.) Te has sacrificado por mí, y yo completaré tu obra, rompiendo nuestro indisoluble lazo.

MARQ. ¿Cómo?

FAB. Señora (Levantando á Paulina y entregándosela á la Marquesa.) Devuelvo á usted su hija. (A ella.) Quisiste morir por mí, y te ordeno que vivas para tu madre. (Paulina llora apoyada en la Marquesa.) Yo no podía llamarme tu esposo más que en el cielo. (Cerca de la puerta y ahogando sus lágrimas.) ¡No serás mía!... Pero no seas jamás de otro, Paulina! ¡Adiós! (Vase.)

PAUL. (Yendo hacia la puerta.) ¡Fabián! ¡Fabián!

MARQ. (Cerrandola el paso, tira del cordón de la campanilla con violencia.) No le seguirás!

PAUL. ¡Va á matarse!

MARQ. (Al mayordomo.) ¡Corran ustedes tras Fabián, y deténganlo aunque sea á viva fuerza!

PAUL. (Mirando á su madre con alegría.) ¿Quieres evitar la muerte á Fabián? ¡Gracias, madre mía! (Cae de rodillas.)

MARQ. ¡Quiero salvar del aprobio á nuestra casa!

CAE EL TELÓN.

# ACTO SEXTO

Representa el corte vertical de una torre en La Bastilla. La escena aparece dividida horizontalmente en dos partes. La superior lo está á su vez en sentido vertical en otras dos, formando al lado derecho una habitacion clara y con muebles usados, pero limpios. En el segundo término izquierda de ésta, mesa con espejo manuable colgado encima; á la derecha, frente de la mesa, una ventana con barrotes de hierro; un velador en el centro de la escena y dos sillones. En medio del foro, puerta de una alcoba; en primer término izquierda, puerta que sale á la otra mitad superior de la escena, que se compone de un espacio llano, terminado al foro por muro almenado. A la Izquierda, segundo término, escalera de piedra con cuatro ó seis peldaños que sube á una puerta de entrada á otro torreón, cuyo frente al público tiene una ventana circular, bastante alta, con barrotes de hierro. Al pie de esta torre, hacia la izquierda, una losa muy grande con argolla para levantarla. Por el hueco que deja esta losa cuando se levanta, se supone que baja una escalera practicada en el muro al calabozo inferior, que constituye la parte baja de la decoración. Este calabozo es una bóveda subterránea, húmeda y sombría; ocupa dos tercios de la escena en su parte central y tiene la entrada por una puertecita con tres peldaños dentro de la bóveda, que deberán parecer la terminación de la escalera interior del muro. Esta puerta estará en el lado izquierdo y corresponderá con la losa de arriba. En medio del fondo, y á mayor altura que la de un hombre, una reja de medio punto muy oscura que da á una galería subterránea. A la derecha un montón de paja; cerca y delante de él un poyo de piedra; otro bajo la reja. La parte superior izquierda de la decoración, recibe luz del dia; la de la derecha, también por la ventana, y el calabozo inferior no recibe ninguna y aparece débilmente alumbrado por un farolillo que hay sobre el poyo anterior al montón. Un centinela pasea á lo largo del muro almenado.

## ESCENA PRIMERA.

BRIQUET, arriba: FABIÁN en el calabozo y echado en la paja.

BRIQ. (Sentado.) ¿Por qué me obliga V. E. á vivir en esta prisión? Eso pregunté á mi amo el señor Conde, y contestó: amigo Briquet, eres mi ayuda de cámara; te pago bien para que me afeites, vistas y empolves la peluca, en cualquier punto de Francia donde estemos. El rey me envía á la Bastilla, y en la Bastilla me tienes que afeitar, vestir y empolvar la peluca. (Levantándose.) Hoy, catorce de Julio de mil setecientos ochenta y nueve, llevamos setenta días justos y cabales de habitar en esta torre de la Capilla; tres pisos por bajo del entresuelo y al nivel de los fosos. ¡Cuidado si hay piedra encima de mi cabeza! (Mirando á su alrededor.) El alojamiento no es malo, gracias á la categoría del señor Conde, y á su amistad con el Gobernador de la fortaleza, pero es una prisión. (Se oye dentro tocar á generala.) ¿Qué significará ese toque? Es la primera vez que le oigo desde que nos tienen aquí. Puede que venga el rey á visitar los presos. ¿Si pusiese en libertad á mi amo! (El toque de generala se aleja y termina.)

CONDE. (Dentro.) ¡Briquet!

BRIQ. Ya se ha levantado el Conde... que duerme, come y canta, como un jilguero (Suspira.) ¡en la jaula!

## ESCENA II.

CONDE.—BRIQUET.

CONDE. (Saliendo.) ¡Briquet! ¡Gandul! ¿no me has oido?

BRIQ. (Muy servicial.) ¿Mando enganchar el coche?

CONDE. ¿Qué dices?

BRIQ. ¡Ah, me había olvidado de que estamos presos!

CONDE. (Riéndose.) Pues vete acostumbrando á la idea, amigo Briquet. (Se sienta en un sillón que éste coloca en el centro.) Arréglame.

BRIQ. (Da el espejo al Conde; va tomando de la mesa lo que necesita para el tocador de su amo.) Señor, ¿no piensa vuecencia en procurarse la libertad?

CONDE. (Que tiene en la mano el espejo mientras dura su tocado.) Yo no pido gracia. Defendí los derechos de la Corona. El Rey me castigó; peor para el Rey.

BRIQ. Vamos, vuecencia dice como los chicos cuando los castigan en la escuela: «¡Que se fastidie el maestro!»

CONDE. (Incomodado.) ¿Estás de buen humor?

BRIQ. ¡Perdone vuecencia!

CONDE. Colócame la peluca.

BRIQ. (Se dispone á peinar y á empolvarle la peluca, poniendo un paño sobre los hombros á su amo.) La verdad es que vuecencia armó en Palacio una trapatiesta regular cuando se retiraba la Asamblea de los Estados Generales.

CONDE. ¡Y el Rey que debiera haberme premiado, mira el pago que da á la defensa que hice de su poder... ¡Empolva por igual la peluca!... ¿Cómo ha de mirar con buenos ojos ningun noble, que al Ministro Necker se le haya ocurrido contribuir á que intervengan en el gobierno de Francia el clero y á los burgueses. Uno de estos censuraba en alta voz que en la presentación del día 3, estuvo de par en par la puerta de la cámara mientras entraban las primeras diputaciones, y que cuando le tocó entrar á la del pueblo cerraron media puerta. Grité: «¡Pues yo la hubiera cerrado toda! ¡Ni el clero, ni el estado llano merecen pisar estas salas!» (Riéndose.) Un cura me increpó; le contesté ágriamente, y el burgués me dió un bastonazo; saqué la espada, y á las pocas horas me encerraban en la Bastilla. ¡Ni transijo con Necker, ni estoy conforme con el estado llano!

BRIQ. ¡Ni yo con el estado á que hemos venido!

CONDE. ¿Tan mal lo pasas aquí? ¡Badulaque!

BRIQ. (Empolvando la peluca, y con adulacion cómica.) No señor, lo paso muy bien con V. E. pero como V. E. no ha dejado su corazón fuera de la Basti-

lla, no comprende las angustias que pasa el pobre Briquet... Ya sabe el señor, que el día 5 de Mayo tenia cita con mi Juana, al anochecer, en el Paseo de la Reina, junto al cuarto arbol, á mano derecha, según se entra...

CONDE. (Riéndose.) Me has contado esa historia quinientas veces.

BRIQ. Me ahogo de pena, cuando pienso el desconsuelo y la impaciencia que tendrá Juanita esperándome desde hace setenta dias en el paseo de la Reina, junto al cuarto árbol á mano derecha.

CONDE. (Interrumpiéndole y riéndose.) Segun se entra. Tranquilízate, Briquet, que Juanita estará consolada; no en vano pasean por allí tantos soldados de caballería. (Termina el tocado.)

BRIQ. (Muy compungido.) Si eso fuese cierto, era yo capaz de prender fuego á este endiablado castillo.

CONDE. Anda y arregla esas habitaciones, que no tardarán en traernos el almuerzo.

BRIQ. Voy á poner la mesa. (Vase.)

CONDE. ¡Pobre Briquet; me rio de sus celos!... Yo también los tuve y con razón; Paulina amaba á Fabián. Así debió confesárselo á su madre, porque al día siguiente fué al palacio de la Reiner; supe por el mayordomo que Fabián habia vuelto á la isla de Borbón, y por carta de mi tía, que ella y su hija se marcharon de París la noche anterior para que Paulina entrase en un convento. La verdad es que fuí muy eruel con el desdichado Fabián, pero... ¡Vive Dios! Haber sido yo juguete de un mulato... Si lo averiguan en la corte no hubiera encontrado donde ocultar mi vergüenza. (Riéndose.) Todavía voy á tener que agradecerle á Su Majestad que me haya encerrado en la Bastilla. (Vuelve á sonar la generala más cerca.) ¿Otra vez? ¿Qué diablos pasa hoy? (Llamando.) ¡Briquet!

BRIQ. (Dentro) ¡Voy! (Entrando) ¡Señor!

CONDE. ¿Sabes por qué tocan generala?

BRIQ. ¡Sera día de fiesta! (Se oye sonar una campana grande y luego un repique de varias chicas con la grande. ¡Echan á vuelo la campanas de San Pa-

blo! (Miran por la ventana) (Mientras miran por la reja se ve bajar por la escalera al Celador y al Calabocero. Este trae una banasta cubierta con una servilleta. Se acerca á la puerta del Conde: el Celador toma la banasta después de abrir cerrojos y candados: el Calabocero vuelve á subir la escalera y desaparece mientras el Celador, entra en la habitación: Cesan las campanas en este momento.)

## ESCENA III.

DICHOS y el CELADOR.

CONDE. (Oyendo el ruido de las llaves.) ¡Ya está aquí el almuerzo! (Al celador que entra, cierra la puerta.) ¿Qué me traes?

CEL. (Que entrega la banasta á Briquet y curiosea lo que contiene.) Lo mejor que han podido encontrar, señor Conde, y como de costumbre, una botella de vino, de parte del Gobernador.

CONDE. El señor de Launay es un carcelero muy atento. (Mirando el contenido de la banasta.) ¡Y el hielo!

CEL. No lo ha traído.

CONDE. Pues venga enseguida.

BRIQ. (Con énfasis cómico.) No podemos pasar el vino sin hielo.

CEL. (Al Conde.) La culpa no es mía... envié esta mañana un criado á buscarlo, y aun le estoy esperando. Sin duda, ó no encuentra tienda abierta, ó no ha podido atravesar las calles de los alrededores.

BRIQ. Haberme mandado á mí, y vería usted á un hombre correr. (Vase adentro con la banasta.)

CEL. (Aparte.) ¡O á un hombre muerto! (Se acerca á la ventana y mira por ella.)

CONDE. ¿Qué miras?

CEL. (Sin querer demostrar lo que siente.) Nada.. (Se aleja de la ventana.)

CONDE. (Mirando también ) ¿Por qué colocan en batería esos cañones... allí hacia la izquierda de la muralla?

CEL. Colocan cañones... pues no sabía...

CONDE. ¡Oh, se trata por lo visto de algún motín que nos preparan los caballeros del estado llano! (Se oyen cornetas lejanas.) Tocan llamada... ¡Ah, si yo estuviese libre, y me entregaran cien mosqueteros, me atrevia á no dejar un alborotador con ganas de chillar.

BRIQ. (Desde la puerta.) ¡Señor, cuando V. E. quiera almorzar!...

CONDE. Ya quiero, y brindaré conmigo mismo, porque las tropas del Rey trituren á los revoltosos. (Entra.)

BRIQ. (Disponiéndose á entrar, dice al celador:) ¡Mire usted que dejar á un señor como mi amo sin hielo para el vino!

CEL. (Abriendo la puerta y marchándose.) Calla, mastuerzo. (Sale al lado izquierdo.)

BRIQ. (Entrando.) ¿Estará mi Juanita esperándome junto al cuarto árbol? (Desaparece. Al tiempo que el Celador echa la llave á la puerta del Conde, asoma el Calabocero en lo alto de la escalera y baja precipitadamente.)

CALAB. El asunto anda malo... el pueblo no espera más que los cañones de los inválidos para atacar á la Bastilla... Parece que el señor gobernador teme que haya inteligencia entre los sublevados y algunos presos... y manda que suba usted enseguida. (Suben los dos y desaparecen.)

## ESCENA IV.

FABIÁN, luego el CELADOR. Fabián se incorpora, queda sentado un momento, se levanta con alguna dificultad, y denotando en su rostro las huellas de tanto padecer. Toma la luz que está sobre el poyo cercano á la paja, y dando muestras de sentir débil la cabeza, va al fondo, se sube en el poyo que hay bajo la reja y mira por ella alumbrando hacia su interior; escucha, desciende por fin con desaliento, y deja la luz sobre el poyo.

FAB. (Sacudiendo la cabeza, dice en tono triste:) ¡Nada! ¡Nada! (Tirita de frío.) Estoy traspasado de frío, y la humedad me penetra hasta en los huesos. Esa paja que me sirve de lecho está podrida, y

se niegan á traer otra nueva diciendo que cuesta mucho... ¡Ah, señora Marquesa, bien secundan tu ódio y tu venganza! ¡Mejor hubiera sido dejarme morir, que enterrarme vivo en este calabozo! Quise lograr que perdonaras á Paulina sacrificándome para conseguirlo, y tu orgullo me arroja en una tumba. Pero no debo quejarme... de este modo se puede vivir poco... y muriendo dejaré de padecer. ¡Paulina! ¿Qué habrá sido de tí? (Calentándose las manos en la luz.) Estoy helado; la sangre acude á la cabeza y arde mi cerebro. ¡Dios piadoso, no consientas que mi razón sucumba bajo el peso de tantas desgracias, antes que Andrés vuelva! Lo que yo juzgo realidad, ¿no será un sueño? ¡Oh, dudo de mi memoria y hasta de si existo! Ayer estaba yo allí sentado, y Andrés trabajando en esa oscura galería con otros operarios. (Indica la reja.) ¡Sí, recuerdo aquella voz, grité: ¡Andrés! y acercándose á la reja me reconoció, y el pobrecillo lloraba al verme en esta situación! (Escucha.) ¡Nada se oye! ¡Oh, son quimeras, extravíos de la mente! (Se sienta agobiado en el poyo cercano de la paja.) ¡Andrés no vendrá! (Cae á la escena una piedra envuelta con un papel que ha pasado por entre la reja.) ¡Algo ha sonado! (Busca, ve la piedra y la recoje.) ¡Un papel! ¡Oh, Andrés me escribe! (Coje la luz, desenvuelve el papel y se sienta en el poyo bajo la reja.) ¡Gracias, amigo mío! ¡Gracias, Señor! (Se dispone á leer después de abrir la carta tembloroso, etc., etc., y al mismo tiempo baja el Celador por la escalera del piso de encima: trae un pan, un cantarillo y una linterna. Levanta la losa é introduciéndose por ella desaparece.)

FAB (Leyendo.) «Mi querido bienhechor. París está sublevado, y los centinelas disparan contra cualquiera que se aproxima á los fosos de la Bastilla; pero, ó me matan, ó esta carta llega á manos de usted». . (Hablando.) ¡Qué bueno es! (Leyendo.) «Cumpliendo su encargo, fuí al Palacio de la Reiner... la calle estaba llena de señores vestidos de luto, y por una ventana del Palacio

ví una cama imperial con escudos bordados en el paño: (Con voz entrecortada.) encima un ataud rodeado de hachones y á un sacerdote rezando... Pregunté quién había muerto en la casa, y me».. (La puertecilla del calabozo se abre, y aparece el Celador y Fabián procura ocultar la carta.)

## ESCENA V.

FABIAN y el CALABOCERO.

CALAB. (Deja el pan y el cántaro sobre el poyo donde está la luz.) ¡Toma!

FAB. ¡Gracias!

CALAB. (Severamente.) Ayer hubo trabajadores en esa galería: (La señala.) te aproximaste á la reja, y el centinela dió parte de que hiciste señas con la luz. (Cogiendo la lámpara.) ¡Y esto no volverá á suceder más!

FAB. (Aterrorizado.) ¿Qué hace usted?

CALAB. (Abriendo la puerta.) ¡Llevarme la lámpara por orden del Gobernador!

FAB. (Hincándose de rodillas.) ¡Oh, no! ¡Déjemela usted un momento! ¡Por piedad! ¡Sólo un momento!

CALAB. (Apaga la luz.) ¡Cumplo con mi deber! (Vase y cierra la puerta. El calabozo queda completamente oscuro. Fabián continúa arrodillado.)

FAB. ¡Dios misericordioso! ¡No veo esta carta! (Recorre frenético la escena buscando cerca de la reja un rayo de luz que no encuentra.) ¡Oh, imposible! ¡Que espantosa oscuridad! ¡Aquellos blandones! ¡el ataud! ¡Quién, quién era el cadáver! (Lanza un grito de dolorosa desesperación.) ¡Sí, Paulina, Paulina ha muerto! (Cae sin sentido sobre el montón.) (Se oyen cañonazos acompasados.) (El calabocero aparece saliendo por el hueco de la losa )

CALAB. ¡El ataque ha empezado...Felizmente es inexpugnable la Bastilla (Sube la escalera y desaparece. El cañon sigue sonando en unión de algunas descargas poco nutridas, de fusileria.)

## ESCENA VI.

El Conde y Briquet

Briq. (Saliendo y con miedo.) ¡Ya se armó¡ ¡Cuánto cañonazo! ¡Ay Dios mio¡

Conde. (Asomándose á la reja ) Bien se porta la artillería nuestra...dispara sobre la plaza de San Antonio ¡pero desde allí contestan con cañones!

Briq. ¿Estaremos seguros? (Se oyen gritos dentro y lejanos.)

Conde. No sé qué pensar... esos gritos suenan cerca de las murallas.

Briq. (Asomado á la ventana.) Ya lo creo, mire V. E. cómo trepan por ellas... y no son las tropas... ¡es el pueblo, que entra en la Bastilla (Gritos y clamores más cercanos. Gritos dentro.) ¡Victoria! ¡Victoria!

Conde. ¡No es posible que el pueblo tome la Bastilla! (Gritos dentro.) ¡Abajo la Bastilla! (Idem.) ¡Abajo! (Se oye una descarga de fusilería, cesa el fuego. Suenan hachazos por dentro y otros que derriban la puerta de la escalera. Algunos guardias franceses y mayor número de hombres del pueblo entran en tropel, unos con fusiles, otros con hachas, otros con espadas y un par de ellos con antorchas encendidas. Todos se precipitan escalera abajo. Otros asaltan el muro almenado; desarman al centinela, que procura defenderse, vienen armados de igual modo que los que entran por la puerta.)

## ESCENA VII.

Dichos.—Los sublevados.

Todos. (Gritando ) ¡Victoria!

Guard. (Que los capitanea.) ¡Abajo la Bastilla!

Todos. ¡Abajo!

Conde. (Escuchando.) ¡Vienen hacia aquí! (Abren los amotinados la puerta del Conde á golpes y culatazos y entran en la habitación con el Guardia á la cabeza.)

Conde. ¡Qué veo!

GUARD. ¡Libertad, libertad!

TODOS. ¡Sí, sí!

GUARD. ¡Mañana será la Bastilla un montón de escombros... ¡*Ciudadano eres libre*!

CONDE. (Con disgusto.) ¡Ah!

BRIQ. (Con viveza.) ¿Yo también? ¿El pueblo ha vencido? ¡Viva el pueblo!

TODOS. ¡Viva! (Sale la turba al otro lado de la escena.)

CONDE. Salgamos, pues. Dame el sombrero.

BRIQ. (Entra y sale con el sombrero.) Tome V. E.

(Baja Andrés la escalera y mira con afán á su alrededor.)

AND. No tengo duda; es en esta torre.

GUARD. ¿Qué buscas?

AND. A un preso...

GUARD. Ya no queda ninguno aquí, que es la parte más baja... Subamos...

TODOS. ¡Arriba!

AND. No: esperad: estoy seguro de que bajo nuestros pies gime un desgraciado, por quien hace poco expuse mi vida...

GUARD. No veo dónde pueda estar... (Todos buscan.)

AND. (Después de indagar se fija en la losa.) ¡Ah! Por aquí debe ser... Ayudadme á levantar esta piedra (Todos ayudan y apalancando con hachas y fusiles, logran levantar la losa.)

GUARD. ¿Dices que ahí dentro vive un sér humano?

AND. El mejor de los hombres. (Se introduce el primero y tras él los demás.)

CONDE. (A Briquet.) ¡Dame la espada!

BRIQ. ¡Si desarmaron á V. E. cuando entramos en esta bendita casa!

CONDE. ¡Corro á Versalles, y no me faltará otra para defender las instituciones! (Sale y desaparece por la escalera.)

BRIQ. (Siguiéndole un poco retrasado.) ¡Yo voy á consolar á Juanita! ¡Viva el pueblo! (Vase. En este punto cae en fuerza de golpes la puerta del calabozo y Andrés entra seguido del Guardia y los otros.)

## ESCENA VIII.

ANDRÉS.—EL PUEBLO.—FABIÁN. Fabián continúa sin conocimiento.

AND. (Incorporándole.) ¡Fabián!... ¡Fabián! ¡Soy yo, Andrés!

FAB. (Volviendo en sí y mirándole.) ¡Ah, tú, preso también!

AND. No: vengo á libertar á usted.

FAB. (Con alegría.) ¡A libertarme! (Se levanta y dispone á salir: luego se para, recapacita y dice con dolorosa aflicción.) ¡Oh, me ponen en libertad, porque Paulina ha muerto!

AND. La muerta no se llamaba Paulina!

FAB (Con entusiasmo.) ¡Vive! ¡Y soy libre!

TODOS. Sí, sí! (Fabian se precipita hacia los escalones, se para de repente, mira extraviado á Andrés y demás circunstantes. Todos le observan con afanoso interés; lanza carcajadas extrepitosas; por fin le faltan las fuerzas y cae de espaldas en brazos de Andrés y del Guardia. Acordes de la «La Marsellesa» mientras baja el telón.)

CAE EL TELÓN.

NOTA. Si *La Marsellesa* no pareciese bien por ser un himno posterior al 89, (1792), puede tocar la orquesta otro de la época que sea conocido. Pero *La Marsellesa*, aunque resultase un anacronisno, impresionaría más al espectador, recordándole que luego fué el himno de la revolución empezada el 14 de Julio de 1789.

OTRA. El director de escena procurará organizar algunos cuadros de lucha que contribuyan á dar color y vida al final del acto.

# ACTO SÉPTIMO

Sala gótica de un castillo en Bretaña; en el fondo derecha chimenea alta y grande: un poco más hacia la izquierda, ventana con cristales de colores: casi en el fondo izquierda, puerta que abre á una inmensa galería en perspectiva, también con cristales de colores. Puerta á derecha é izquierda en primer término. Muebles adecuados: un taburete y otro asiento cerca de la chimenea, que está encendida; una mesita en el proscenio izquierda; sillón á su lado y otro en el proscenio derecha.

## ESCENA PRIMERA.

PAULINA.—AURELIA.—EL CONDE y BRIQUET. Aparecen sentadas á la chimenea Paulina y Aurelia; El Conde en pie junto á ellas, y Briquet asomado á la ventana, por la cual se ve nevar con fuerza.

CONDE. (A Briquet.) ¿Ves algo sospechoso en las cercanías del castillo?

BRIQ. No señor; solo veo mucha nieve. ¿Cierro la ventana?

CONDE. Sí.

BRIQ. (Cerrándola.) ¡Vaya un país y vaya un invierno que tenemos en este año de 1793! (Aparte.) Aquí, en Bretaña, no faltará á mi amo hielo con que refrescar el vino.

CONDE. (Suenan las dos en un reloj antiguo que hay en la habitación.) Las dos. Dí al pescador que se ha

comprometido á pasarnos á Inglaterra, que ya es hora de preparar el barco.

BRIQ. Voy, señor. (Vase por el foro.)

## ESCENA II.

EL CONDE.—AURELIA y PAULINA.

AUR. (Levantándose.) ¿Por qué te empeñas en hacernos abandonar estos lugares, donde la lealtad de mis colonos nos pone á cubierto de toda persecución?

CONDE. Mientras se trataba de tí podíamos vivir confiados en el mucho cariño y respeto que nos conservan nuestros servidores; pero ahora que está aquí Paulina, víctima condenada á muerte por los satélites del sanguinario Carrier, han cambiado las circunstancias. Si notan los de la junta revolucionaria la falta de Paulina, y el carcelero que me ayudó esta mañana á sacarla de la prisión, cuenta la verdad, no tardarán en presentarse las turbas, y entonces no habrá recurso salvador para ninguno de nosotros. (Mas bajo.) Temo que á pesar de mis precauciones, un grupo de hombres armados nos viese salir de Nantes.

AUR. ¡Ah!...

CONDE. Antes de una hora averiguarán dónde se encuentra Paulina, y el terrible proconsul rescatará su presa, para llevarla al patíbulo.

AUR. ¡Sí, dices bien: (A Paulina.) Es preciso huir!

PAUL. (Levantándose) ¿A qué exponer vuestras vidas por salvarme? ¡Dios hará un beneficio llevándome á su seno!

AUR. Está bien que se conforme una forzosamente á morir en su cama, lo más tarde posible, por supuesto; pero eso de irse al otro mundo vestida y calzada, encima de un tablado, oyendo las burlas, los gritos é improperios del público, y que por añadidura te sujete el verdugo con sus atroces manazas para cortarte la cabeza... ¡Oh, me horrorizo de pensar en la guillotina!

PAUL. El suplicio en el cadalso dura un instante, mien-

tras que mis penas no tienen fin. Muerta mi madre sin que yo la asistiese, por hallarme de orden suya encerrada en el convento; y habiendo desaparecido Fabián, de quien ignoro si vive, ó ha dejado esta tierra donde tanto padecía el infeliz, ansío descansar para siempre.

CONDE. Cuando supe por mi hermana tu secreto, traté de indagar el paradero de Fabián, con el cual fuí injusto y cruel, instigado por el ciego orgullo. Escribí á la isla de Borbón, y me contestaron que nadie le había visto allá!

AUR. ¡Oh, si Fabián viviese, podría salvarte de nuevo revelando vuestro secreto matrimonio.

CONDE. Bastaría con que Paulina tuviera en su poder la partida de casamiento.

## ESCENA III.

DICHOS y BRIQUET.

BRIQ. Señor: el pescador no estaba; pero un hermano suyo viene conmigo.

CONDE. (A las señoras.) Hasta que podamos estar seguros de la discreción de ese hombre, bueno será que Paulina se oculte. (A Briquet.) Dí al marinero, que entre. (Vase Briquet.)

AUR. En esa habitación aguardamos. (Vanse Aurelia y Paulina por la derecha.)

## ESCENA IV.

CONDE.—ANDRÉS y BRIQUET.

BRIQ. (Introduciendo á Andrés.) Aquí está, señor.

CONDE. (Que arregla algunos papeles sentado á la mesita. A Briquet.) Continúa vigilando. (Vase ) ¿Por qué no viene tu hermano?

AND. Porque es jurado en Nantes, y ha ido al tribunal; pero me dejó encargo de poner á la disposición de usted nuestra barca.

CONDE. ¿Sabrás manejarla?

AND. Aunque estuve en París trabajando algún tiem-

po, me he criado en el mar: y hace ya cerca de tres años que volví á emprender mi antiguo oficio.

CONDE. ¿Cuántos tripulantes tienes?

AND. Dos buenos remeros.

CONDE. ¿Son fieles?

AND. El uno es primo mío; merece entera confianza, y está abajo en la barca. El otro, que he dejado en la puerta, por si necesito su ayuda para llevar equipaje, es el hombre más bondadoso y más desgraciado del mundo. ¡El infeliz tiene algo trastornada la cabeza!

CONDE. ¡Un tripulante así!...

AND. Nada hay que temer por su parte; con nadie se mete, ni en nadie repara. Solo habla conmigo, y cuando desvaría, todo se reduce á nombrar las personas que le hicieron daño: otras veces saca un papel que lleva escondido en el pecho como reliquia: llora, lo mira, y si conoce que lo observan, lo guarda inmediatamente. Descuide el señor; de este hombre respondo más que de mí propio.

CONDE. Mucha confianza te inspira.

AND. Tanta, como usted la tendría en su padre. Como si fuese el mío le quiero; y detesto á los que le hicieron desgraciado!

CONDE. Pues sígueme y te daré la cantidad convenida con tu hermano. (Vanse por la izquierda.)

## ESCENA V.

FABIAN, solo. Cuando El Conde y Andrés entran, aparece Fabian en la galería, mirando extraviadamente á su alrededor y por fin avanza presuroso á la escena.

FAB. (Desde la puerta. (Se repite la melodía del tercer acto.) ¡Andrés!... ¡Andrés!... La marea sube y debemos aprovecharla. ¡Vamos pronto! (Creyéndose en medio delas olas) ¡Ves cómo sube la marea!... ¡Oh, ya no hay remedio! ¡Señor... no permitas que ella muera! ¡Roger, sálvala... y déjame perecer! (Se sienta á la izquierda agobiado por la lucha que

pretende haber tenido. Fijándose en otro orden de ideas.) ¡El Abate Laudry! (Después de mirarse la mano, se hinca de rodillas muy despacio, casi en el proscenio.) ¡El pobre mulato te amará toda la vida, pero como el marino adora á la vírgen! (Creyendo ver á la Marquesa.) ¡Oh, la marquesa!... (Con energía y suplicando.) ¡No... no la maldiga usted... yo marcho, me alejo para siempre!... El calabozo es oscuro... suena el cañón... (Levantándose de repente.) ¿Soy libre? (Se lleva la mano á la cabeza, después abrochándose la chaqueta, tirita.) ¡Tengo frío! ¡Mucho frío! (Viendo la chimenea.) Allí podré calentarme. (Va á la chimenea con alegría.) ¡Buen fuego! (Se sienta de espaldas al público. Cesa ia música.)

## ESCENA VI.

FABIÁN.—EL CONDE.—AURELIA. — PAULINA. —ANDRÉS. Luego BRIQUET.

CONDE. (A Andrés, con quien sale.) ¡Fío en tu palabra! Voy á llamar á las señoras. (Entra por la derecha.)

AND. Y yo diré á mi primo que atraque la barca á espaldas del castillo. (Se dirige hacia la galería, y ve á Fabián calentándose en la chimenea.) ¡Anda, también ha entrado hasta aquí Fabián! ¡Pobrecillo, tendría frío!... (Acercándose á él le dice con dulzura:) ¡Vamos á embarcarnos! ¡No me escucha!... ¡Fabián!

AUR. (Saliendo con Paulina.) ¡Ánimo, Paulina!

CONDE. (Saliendo tras ellas.) ¡Dentro de muy poco, nada tendrás que temer!

BRIQ. (Apareciendo por el foro muy asustado.) ¡Señor! ¡Señor!

CONDE. Qué pasa?

BRIQ. Una porción de hombres armados que venían por el camino de Nantes, acaban de pararse en la puerta del parque, y dan voces para que les abran.

CONDE.
AUR.
PAUL. } ¡Oh!

BRIQ. El que los manda tiene una cara feróz, y no cabe duda que buscan á la Marquesa de la Reiner.

AND. (Que estaba convenciendo á Fabián con cariñosos ademanes, al oir este nombre avanza y exclama:) ¡La Marquesa de la Reiner! ¿Es á esa señora á quien yo iba á salvar?

CONDE. ¡Sí!

AND. (Devolviéndole una bolsa de dinero.) ¡Pues tome usted su dinero, que yo recojo mi palabra!

CONDE. ¿Qué significa?

AND. (Tirando la bolsa.) ¡Que ni por un millón sale mi barca de la costa!

AUR. ¿Cómo? (Paulina manifiesta también asombro.)

AND. (Con energía.) ¡Yo no salvo á la Marquesa de la Reiner, porque la he denunciado al comité de salud pública!

CONDE. Tú, (Colérico.) ¡Miserable!

AUR. ¿Qué mal te hice para que procures mi muerte?

AND. A mí ninguno. Si fuera usted enemiga mía, puede que la perdonase; pero á la mujer que condenó á morir en un calabozo al mejor de los hombres, á mi bienhechor, á esa, no la perdono!

CONDE. !Calumnias infamemente á esta señora¡

AND. (Con energía.) ¡Yo no calumnio! Tuve en mis manos el registro de presos de la Bastilla, y arranqué de él una hoja en que ví escrito: «Por »recomendación del señor Ministro y á ruego de »la Marquesa de la Reiner, incomuníquese á »este hombre hasta nuevo aviso.»

CONDE. (Tirando de la espada.) ¡Eres un canalla!

AND. (Se ofende primero y luego dice muy tranquilo.) Hiera usted, mas no salvaré á la Marquesa.

AUR. Mi prima es inocente, hay un error. ¡Ten piedad de ella.

AND ¿La tuvo ella para su victima que está presente? (Mostrando á Fabian.)

TODOS. ¿Presente?

AND. ¡Sí, miradla!

PAUL. (Con energía á Fabian, que está vuelto de espaldas á ella y cerca del cual ha vuelto Andrés para llamarle la atención hacia Paulina.) ¿Por qué me acusa ese hombre? ¡Juro ante Dios, no haberle causado ningún daño jamás! (Fabian mira extraviado á Paulina y ésta cree reconocerle.) ¡Ah! ¿Qué veo?

COND. AUR. ¿Fabián?

AND. ¡Fabián, que perdió la razón en la Bastilla!

COND. AUR. ¡Oh!

PAUL. (Con amarga reconvención.) ¡Madre mía! ¡Madre mía! (Viendo que Fabian avanza y sin reparar en ella se sienta en el proscenio derecha.) ¡Loco! ¡Oh, pero me reconocerá! (Acercándose algo á él.) ¿No te acuerdas de Paulina? ¡Fabián, esposo mío! (Se acerca más á él.)

AND. ¿Su esposo? (Con extrañeza.)

CONDE. ¡Sí!

AND. (A Andrés.) El registro decía bien; pero aquella Marquesa era la madre de Paulina, que no pudo transigir con el matrimonio de su hija.

AND. ¡Ah, comprendo! (Viendo que Paulina se arrodilla á los pies de Fabian.) Ciertos sentimientos no se fingen... Es imposible que pretendan ustedes engañarme, y cuando quieran la barca está á sus órdenes. Perdonen si creyendo vengar á Fabián hice que condenaran á su esposa.

CONDE. ¡Partamos!

BRIQ. (Temblando y desde la ventana que abrió poco antes.) ¡Ya es tarde! ¡Los hombres han echado abajo la puerta!

AND. Queda una esperanza. Mi hermano debe venir con esa gente. Salgo á su encuentro y trataré de remediar lo hecho. (Vase por el foro. El Conde se asoma á la puerta. Briquet á la ventana y Aurelía queda en segundo término. Los tres dan muestras de ansiedad. Paulina continúa de rodillas á los pies de Fabian.)

PAUL. ¡Fabián! ¡Oh, ni con caricias, ni con lágrimas consigo que se fije en mí!

FAB. (Mirándola.) ¡Pobre Lía... sufre y llora!

PAUL. ¿Recuerdas á Lía? ¡No es posible que hayas olvidado á Paulina!

FAB. ¡Paulina... sí... la prometida del Conde! (Suenan las tres en el reloj.) ¡Las tres! ¡Ella me aguarda! (Se levanta.)

PAUL. (Idem.) ¿Dónde vas?

FAB. (Con misterio.) ¡A la gruta del mulato, para que muramos los dos! (Se oyen rumores dentro.)

PAUL. ¡Se acercan mis verdugos!

FAB. Supe escojer el camino... A las cinco está muy alta la marea... (Se oyen gritos más inmediatos.)

AUR. ¡Dios mío!

PAUL. Fabián, hoy como entonces, la tempestad nos cerca; pero más terrible que en el Océano, es el pueblo que ruge y llega para sacrificar á tu Paulina. Moriré; pero mi último aliento será para gritar ¡Fabián, te amo!

FAB. ¡Ah, me amas y vas á morir! ¡No, imposible! ¡No será! (Recobra un tanto la razón.)

PAUL. ¿Me reconoces?

FAB. ¡Sí, eres Paulina! (Va á estrechar entre sus brazos á Paulina y se detiene al ver tanta gente.)

AUR. (Con alegría por el reconocimiento.) ¡Ah!

## ESCENA VII.

DICHOS.—ANDRÉS.—PEDRO.—UN HOMBRE DEL PUEBLO, acompañamiento de pueblo vestidos de republicanos.

AUR. (A Andrés, muy contenta.) ¡Ha reconocido á Paulina!

AND. ¿Ves Pedro y veis vosotros cómo digo la verdad?

FAB. (Preocupado y con algún extravio dice á Andrés.) ¿Qué quieren esos hombres?

AND. ¡Fabián... dígales usted que esta señorita no fué la Marquesa de la Renier que le encerró en La Bastilla!

FAB. (Como antes.) ¡La Bastilla! ¡Sí, la Marquesa!... (Rumores.)

CONDE. (Al pueblo.) ¡Esta señora es digna de todo respeto; para vosotros no es una aristócrata, pues está unida en matrimonio á un hijo del pueblo,

á un hombre de color! (Quedan suspensos con lo que oyen y Aurelia aprovecha la ocasión para decirlas.)

AUR. Ciudadanos: ¿vais á sacrificar á una heroína que, despreciando antiguas preocupaciones, se une al pueblo? ¡Vosotros, que debéis venerarla, no podéis ser sus verdugos! (Asombro del pueblo.)

AND. (A Fabián que escucha extraviado.) ¡Dígales usted que esta señorita es su esposa!

FAB. (Apartando á Paulina y diciéndole.) ¡No; tu madre te mataría!... (A los circunstantes.) ¡No lo creais! (Rumores de indignación; Andrés y el Conde procuran contenerlos.)

PAUL. ¡Fabián: así me pierdes!

FAB. (Bajo.) ¡Así te salvo... que ignore nuestro secreto la Marquesa! (Al pueblo.) ¡No soy su esposo!

PAUL. ¡Oh, aún delira!

PEDRO. ¿Oís? ¡Mi hermano y estos señores nos engañan! (Andrés, el Conde y Aurelia tratan de hablar y contener al pueblo.)

UNO. ¡Muera la aristócrata!

TODOS. ¡Muera!

PAUL. (Abrazando á Fabián) ¡Sálvame, Fabián!

UN HOMBRE DEL PUEBLO ¡A Nantes con ella! (Se dispone á dar un culatazo con el fusil á Paulina, y otros tratando de rodearla con gritos y algazara.)

PAUL. (Retrocediendo ) ¡Ah!

FAB. (Interponiéndose, desarma al hombre y hace frente á todos los demas, furioso.) ¡Infames, asesinos! ¡Moriréis todos antes que tocar un cabello de mi esposa!

AND. ¡Ah; ya lo declara! (Contento)

PEDRO. (Con desconfianza.) ¿Dónde está la prueba de ese matrimonio? (Ansiedad general.)

FAB. (Procurando reunir todos sus sentidos.) ¡La prueba!..

UN HOMBRE DEL PUEBLO. (Con desconfianza.) Sí, la pueba!

FAB. (Recobrando por completo la inteligencia) ¡Ah !(Saca el papel del pecho) ¡Aquí teneis la partida de casamiento! (Todos se agrupan y leen el papel, que pasa de mano en mano y tranquiliza los ánimos por completo.

AND. ¡ Viva la ciudadana Marquesa de la Reiner

TODOS. ¡Viva!

PAUL. ¡Por fin permite el cielo que nos veamos reunidos sobre la tierra, pudiendo declararnos nuestro amor.

FAB. ¡Benditos sean mis sufrimientos, porque es mucho mayor la recompensa que Dios guardaba para mí!

CAE EL TELÓN.




# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg*, calle del Príncipe, 14; de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata, 3 y Sres. González é hijos, Puerta del Sol, 9.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de ambas Galerías.

---

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

